

La transformación del concepto de trabajo en la Modernidad sólida y líquida
(Zygmunt Bauman)



Universidad
del Cauca

Por:
Diana Consuelo Chicangana Hormiga.

Director:
Gustavo Chamorro Hernández.

Universidad del Cauca
Facultad de Ciencias Humanas y Sociales
Departamento de Filosofía
Popayán
2016

La transformación del concepto de trabajo en la Modernidad sólida y líquida
(Zygmunt Bauman)



Universidad
del Cauca

Trabajo de Grado en la Modalidad Ensayo para optar al Título de Filósofa

Diana Consuelo Chicangana Hormiga.

Director:
Gustavo Chamorro Hernández.

Universidad del Cauca
Facultad de Ciencias Humanas y Sociales
Departamento de Filosofía
Popayán
2016

Nota de aceptación:

El director y los jurados revisaron el presente documento, y encontraron que el trabajo se desarrolló a satisfacción por parte de la autora

**Ph.D. Gustavo Hernando Chamorro
Hernández
DIRECTOR**

**Mg. Silvio Avendaño Cuervo
JURADO**

**Mg. Cicerón Erazo Cruz
JURADO**

Popayán noviembre 04 de 2016

Dedicatoria

Dedico este trabajo a mi hijo David Santiago y a mi esposo Jhon J. Palechor, por ser las personas, que me motivaron y me motivan cada día a entender el misterio de vivir.

Diana Chicangana

Agradecimientos

A mi madre por su compañía, a mis hermanas por su apoyo y comprensión. Especialmente a mi hijo y a mi esposo por su valiosa compañía. A mi director el profesor Gustavo Chamorro Hernández por ser mi guía en el desarrollo de mi trabajo de grado. Y en general a todos mis profesores, amigos y compañeros, quienes de uno u otra forma hicieron parte de este proceso.

Diana Chicangana

Tabla de contenido

	Pág.
Presentación.....	7
1. Tres fases de la Modernidad (Marshall Berman).	11
2. Emancipación, individualidad y trabajo en la Modernidad sólida.	15
3. Emancipación, individualidad y trabajo en la Modernidad líquida.	28
4. Recapitulación del concepto de trabajo.	42
A modo de conclusión.	51
Referencias bibliográficas.	58

Presentación.

Zygmunt Bauman es sociólogo y filósofo de origen polaco nacido en el año de 1925 en Poznań, Polonia, se ha dedicado principalmente a analizar el fenómeno de la Modernidad desde un enfoque que combina la sociología y la filosofía, uno de sus aportes más significativos en dichos estudios ha sido el de formular el concepto de la Modernidad líquida para caracterizar las principales tendencias, pautas de conducta, ideas, modos de producción, etc., de la sociedad contemporánea. La Modernidad líquida es el concepto que intenta dar cuenta de la inestabilidad del mundo actual, por ello, ha elegido éste adjetivo, para designar el carácter voluble que ahora gozan las instituciones, relaciones sociales, el trabajo, la identidad, relaciones políticas y, en fin, toda conformación humana.

Bauman ha elegido las propiedades de los líquidos metafóricamente y ha contrapuesto las propiedades de los sólidos para dar cuenta de un período anterior a la Modernidad líquida con el fin de poder analizar la transición que va de la premodernidad a la Modernidad y posmodernidad. Independientemente de ello, Bauman no se interesa por discutir si la posmodernidad es la superación de la Modernidad, sino que está interesado más en los cambios y dinámicas que se han gestado entre la Modernidad sólida y la Modernidad líquida. Esta diferenciación es crucial porque designan dos fases del mismo fenómeno lo que implica cierta dinámica, movimiento y transformación; de este modo, Bauman se ocupa precisamente de cómo han ido transformándose los conceptos de la Modernidad en su etapa sólida a la actualidad. Pero, para hablar de la fase sólida de la Modernidad y de la fase líquida de la misma, Bauman no ofrece una periodización, por el contrario, considera que las características que definen a la Modernidad son imprescindibles para la comprensión del fenómeno.

La Modernidad sólida para Bauman es la configuración cultural y política que se gestó una vez disueltas las instituciones características sociales y políticas de la premodernidad, se habla entonces de los estamentos sociales y la forma de gobierno monárquico. En la Modernidad sólida, por el contrario, se considera que reivindicando la figura del individuo se podría encontrar una nueva forma de organización social y política que no fuese estamental, de igual modo, el Estado moderno de derecho surgiría para hacer valer el derecho a la individualidad; el individuo al no tener ya como identidad y pertenencia un estamento social entonces entra a formar parte de las clases sociales, principalmente de la clase social obrera en vista que en la Modernidad sólida se desarrollaría en modo de producción industrial o fabril.

El trabajo era importante en la fase sólida de la Modernidad ya que mediante este la sociedad aspiraba al progreso, es decir, a mejorar las condiciones de vida y establecer una sociedad justa en la que el bien común reine. El trabajo de éste modo tenía una clara función social, pero también esta función no estaba solamente enfocada en la construcción histórica de la sociedad, también ayudaba a la formación del individuo Moderno ya que imprimía en él un compromiso ético o social, la idea de que sus esfuerzos ayudaban a la conformación de un mundo mejor,

empero que ésta tarea no era inmediata sino a largo plazo. Así el trabajo también servía de catalizador de las relaciones sociales gestadas dentro de la comunidad e incluso daba a los trabajadores la oportunidad no sólo de compartir un espacio de trabajo sino también de compartir ideas políticas y organizar movimientos sociales.

El Estado era el gran promotor del trabajo y la institución que podía a la vez establecer los parámetros de conducta de los trabajadores o la sociedad en general, establecía los fines que la sociedad había de perseguir, de crear los medios para alcanzar tales fines y regular o coordinar no sólo a los individuos sino también la economía y estrategias políticas, incluso, podía brindar un sistema de subsidios para poder mantener en buenas condiciones y reserva a los trabajadores (Estado de bienestar), especialmente en Europa. Pero, varios cambios surgidos en el siglo XX redefinirían el papel del Estado respecto a la sociedad y la economía, principalmente, hay que tener en cuenta que la globalización trae consigo nuevos modelos de intercambio que para implementarse deben independizarse del control y fiscalización política por parte de los Estados; el Estado como todas las instituciones sufren un proceso de debilitamiento que van a configurar el panorama de la Modernidad líquida.

De este modo, para Bauman el mercado que se ha impuesto en la Modernidad líquida llega a configurar una serie de eventos y conductas tanto de la sociedad, de los individuos, así como las instituciones. Si bien en la fase sólida de la Modernidad se le otorgaba gran importancia al trabajo hasta el punto que la sociedad de la época se concebía como sociedad productora, pero el cambio a la Modernidad líquida ha definido a ésta como una sociedad consumista, en otras palabras, la sociedad de la Modernidad líquida es una sociedad de consumistas. Esto implica que la formación del individuo se entiende en términos de consumismo, compra, consume, ve, oye se interesa por las cosas y actividades que están de moda o que se lanzan al mercado; los fines del individuo consumista no se integran con fines superiores o sociales, es más, ya ni se plantean fines sociales como se hacía en la Modernidad sólida. Los fines que el individuo consumista busca son los que satisfacen inmediatamente sus necesidades o deseos de consumo, son fines totalmente particulares, individualizados o privados.

En lo que respecta al trabajo, ésta actividad que llegó a ser considerada de la naturaleza del hombre, se ve reducido a una actividad inestable, incierta y pasajera. Las nuevas formas de empresa prescindien de los contratos a largo plazo con los trabajadores, éstos se ven obligados a aceptar puestos bajo las condiciones de contratos cortos, luego a permanecer sin empleo durante algún tiempo. En este tiempo de desempleo se dedican a consumir modelos de vida y estudios que vienen a reemplazar los modelos y estudios anteriores. El individuo y el trabajador siempre tienen que estarse reinventado, lo cual genera un problema ya que el individuo no es capaz de consolidar nada fijo, una identidad, un trabajo, pertenencia a un grupo social, etc., que pueda servir como punto de partida para iniciar proyectos sociales; ejemplo de ello es que gracias a las nuevas modalidades del trabajo, los trabajadores ya no se interesan por organizaciones sindicales o políticas, y el trabajo mismo en la Modernidad líquida no es pensado en términos de actividad fundamental para la construcción histórica de la sociedad.

El objetivo de éste escrito es explorar el análisis del concepto de trabajo en la Modernidad tanto sólida como líquida que Bauman nos plantea. Este seguimiento viene acompañado de un acercamiento al concepto de individualidad y emancipación en las fases de la Modernidad ya mencionadas puesto que debemos tener en cuenta que el concepto de trabajo está íntimamente ligado con el individuo en tanto que éste sería considerado en la Modernidad como un individuo que recibiría una formación como trabajador, y en tanto individuo sus relaciones sociales se establecerían a partir del trabajo que realizaba. Así mismo, la emancipación de la pertenencia a estamentos sociales se lograba a base de reivindicar la individualidad, pero también ésta debía encontrar una actividad específica que concentrase todas sus potencialidades para la conformación de un nuevo orden histórico.

De igual modo, el incremento en el interés del individuo por parte de la sociedad de la Modernidad líquida conlleva a que se privatice el trabajo, ésta privatización no quiere decir que las compañías y empresas con capital privado sean las únicas fuentes de trabajo disponible, o que el trabajo sin más sólo sea posible dentro de estas empresas privadas, sino que también se ha de señalar que la privatización apunta a una concepción privada del trabajo por parte del individuo. El individuo de la Modernidad líquida entonces concibe el trabajo como un medio para la satisfacción de sus ansias momentáneas de consumo, pero no como medio para la construcción conjunto de un orden social mejor, de éste modo, como privatiza el trabajo llega a la consideración que la emancipación social carece de sentido en tanto que vive en plena libertad para comprar y desechar lo que quiera.

La principal motivación que puede tener una estudiante respecto al considerar estudiar el concepto de trabajo tiene que ver en gran medida a que ésta actividad constituye una problemática en el país en el que vivimos, especialmente, por la falta de oferta laboral, la escasa capacitación muchas personas que aspiran a un empleo o bien porque el Estado no puede regular las condiciones laborales que imponen las nuevas tendencias productivas. Es decir, un acercamiento al concepto de trabajo no sólo es una curiosidad académica, constituye una necesidad puesto que nos desenvolvemos en un contexto en el que el desempleo tiene altos índices, en el que las diferencias de los ingresos entre los ricos y pobres se hace más grande, en el que el desempleo conlleva a tomar medidas que van desde el trabajo informal, delincuencia común y hacer parte del crimen organizado para subsistir; podemos ver que hace falta coordinar los esfuerzos y el trabajo conjunto para poder organizar de una mejor forma la sociedad mediante la cooperación, solidaridad y acuerdos que hagan posible el desarrollo del país.

De este modo, para llevar a cabo un acercamiento a la transformación del concepto de trabajo en la Modernidad sólida y líquida, éste escrito se divide en tres partes. En la primera de ellas se realiza un acercamiento a los planteamientos realizados por Marshall Berman en su obra *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, pues, Berman establece tres periodos de la Modernidad y pone a consideración unas fechas aproximadas de estos tres periodos; esto complementaría los planteamientos de Bauman en tanto que éste autor no pone por expreso una línea temporal que permita la ubicación de éstos fenómenos. En la segunda parte se exponen los conceptos de Individualidad, emancipación y trabajo en la fase sólida de la Modernidad mostrando lo más

relevante de ellos de acuerdo a lo expuesto por Bauman, en especial, los compromisos políticos e históricos de los que éstos conceptos estaban cargados. En la tercera parte del escrito se hace referencia a los conceptos de individualidad, emancipación y trabajo en la fase líquida de la Modernidad mostrando cómo éstos se privatizan y pierden toda función social que habían sido características en la fase anterior. Por último, se realizan unas conclusiones a modo general.

1. Tres fases de la Modernidad (Marshall Berman).

Hablar de la Modernidad implica la necesidad de explorar en el pasado para tratar de interpretar los acontecimientos históricos que han marcado los cambios a los que se ha visto enfrentada la humanidad y así poder entender un poco mejor la sociedad moderna. La Modernidad es un fenómeno que nos toca a todos, quienes vivimos en una sociedad altamente industrializada, en una sociedad en vía de desarrollo no podemos escapar a las repercusiones que trae consigo ésta transformación cultural, política, económica y social. En el caso de muchos países de Latinoamérica se vive una situación en la que aún se trata de establecer valores modernos, pero las condiciones sociales, la idiosincrasia, la falta de industria nacional, pobreza y falta de desarrollo (o apoyo) científico la Modernidad en nuestros países es paradójica.

A todos estos problemas de atraso y subdesarrollo se les suma otros tantos como los nuevos modelos empresariales en los que las compañías y multinacionales no están regulados económica ni legalmente por el Estado y explotan los recursos naturales y humanos de nuestras tierras. Esa paradoja en la cual no nos hemos adentrado de lleno en la Modernidad, pero a la vez tenemos la influencia de la Modernidad líquida sin poder controlar sus consecuencias nos pone en una situación especial; debemos entender más profundamente los procesos que ha tenido la Modernidad para tener conocimiento de las posibles consecuencias que de ellos se deriva en la sociedad. Este conocimiento o comprensión debe empezar por situar periódicamente las principales manifestaciones que son relevantes en la Modernidad en vista de que ello nos ofrecería, en principio, un lineamiento para la comprensión del fenómeno.

En este sentido Marshall Berman en su obra *Todo lo sólido se desvanece en el aire* (Berman, 1988) hace referencia a que su obra es un intento por examinar el “significado de las dimensiones de éste significado [es decir, del significado de la Modernidad], explorar y trazar el mapa de las aventuras y los horrores, de las ambigüedades y las ironías de la vida moderna” (Berman, 1988: 11). Y que encontrar un significado que abarque todo lo que hoy en día implica la Modernidad no es tarea sencilla, ello si tomamos en cuenta que en la actualidad la humanidad se enfrenta a cambios masivos y rápidos, es decir, cambios que ocurren en poco tiempo y tienen alto impacto; cambios que muchas veces les llamamos moda, una situación en la que hacemos uso de cosas, queremos vestir prendas o comprar el último producto lanzado al mercado, etc., acciones que no alcanzamos a comprender por qué las realizamos y que cuando nos cuidamos por un instante cambian repentinamente, lo que nos lleva a “vivir en una vida de paradojas y contradicciones”.

La Modernidad es un concepto que tiene diversidad de miradas, y por esa misma razón, también posee diversidad de interpretaciones, si quisiéramos, por el contrario, aferrarnos a la intención de establecer una interpretación de todo el fenómeno de la Modernidad, todo depende de alguna forma, en su totalidad, del conjunto de experiencias a las que nos vemos enfrentados día a día en nuestro entorno. La experiencia de la Modernidad es la que nos puede brindar no sólo las

transformaciones materiales que se llevan a cabo en ella, sino también (e igual de importante) las experiencias que los individuos comparten y han expresados frente al avance de la Modernidad. Precisamente en conjunto la Modernidad puede ser concebida como la forma en la que nos vemos obligados a expresar nuestras experiencias: “Ser moderno es encontrarnos en un entorno que nos promete aventuras, poder, alegría, crecimiento, transformación de nosotros y del mundo y que, al mismo tiempo, amenaza con destruir todo lo que tenemos, todo lo que sabemos, todo lo que somos” (Berman, 1988:1).

Entonces lo que nos plantea Berman es que si queremos profundizar en el tema de la Modernidad debemos encontrar en la experiencia histórica de la misma un fundamento para dar cuenta de cómo ha sido acogida o concebida por distintos individuos que expresaron su conformidad o disconformidad respecto a los distintos cambios que el fenómeno trajo. La experiencia histórica de la Modernidad nos muestra que nos encontramos rodeados de contradicciones e ironías que nos unen, pero que a la vez nos separan, como lo plantea Berman, estamos inmersos en una vorágine, donde lo que prevalece es la desintegración y junto con ella la renovación; la renovación de unas luchas cargadas de contradicciones, de ambigüedades y de una angustia preocupante, en este sentido ser modernos implica hacer parte de un universo en el que toda forma, institución, hábito o costumbre que podía brindar algo de estabilidad se disuelve tal como Karl Marx describiera el proceso de la Modernidad en la que: “Todo lo sólido se desvanece en el aire” (Berman, 1988:1).

Con el paso de los años los individuos nos convertimos en actores activos de un entorno y éste nos influye positiva y negativamente; para Berman éste tipo de influencia que el entorno de la Modernidad ejerce sobre cada uno de los individuos constituye las diferentes formas en cómo se asimila la Modernidad. En tanto que los individuos son personas pertenecientes a una “vorágine” de cambios, productos, manifestaciones, hábitos, opiniones e información, éstos reafirman su individualidad, opinión y expresión, en tanto que estando inmersos en este universo de posibilidades y cambios brindan la posibilidad sentirse diferente a los demás, de tomar sus propias decisiones y establecer sus propias reglas. La Modernidad brinda la posibilidad de experimentar, de aventurarse, de intensificación de la individualidad, de gozar los cambios e inestabilidad de un mundo fluctuante y sin aparentes puntos de estabilidad y solidez; en palabras de Berman: la mayoría de personas experimenta “la Modernidad como una amenaza radical a su historia y sus tradiciones” (Berman, 1988:1).

La concepción del conocimiento científico como una respuesta a las necesidades de la humanidad ha causado una revolución permanente en la tecnología contribuyendo a la generación de nuevos entornos sociales a la vez que destruye los antes existentes. Esta dinámica contribuye con la aceleración del ritmo de vida, cambiando los métodos de hacer y realizar las cosas por unos nuevos y eficientes implementando más tecnología, se trata por consiguiente de ahorrar tiempo, costos y mano de obra. Estos cambios derivados del conocimiento científico han lanzado a la humanidad hacia un mundo más dinámico, más cambiante, en el cual el ser humano se debe adaptar rápidamente por supervivencia, adaptarse en el menor tiempo posible, y debe estar inmediatamente preparado para nuevos cambios que se acercan.

El ritmo del avance científico, y por consiguiente del avance tecnológico genera sociedades burocráticas poderosas económicamente las cuales sumergen al ser humano en una lucha constante por conseguir algún control sobre sus propias vidas, pero al final todos nosotros y nuestras instituciones, terminamos siendo parte de lo que Berman llama “un mercado capitalista mundial” mercado que todo el tiempo está en proceso de expansión y este proceso está sujeto a una variabilidad casi siempre difícil de predecir, difícil de asimilar y difícil de enfrentar.

Para entender el concepto de Modernidad, Berman afirma que en el siglo XX han ocurrido una serie de procesos sociales y culturales los cuales han marcado pautas importantes para acelerar los procesos y dinámica de los cambios socio-culturales de la sociedad. Aunque éstos cambios importantes se han venido gestando desde tiempo atrás en el siglo XX se hacen más notables y se tiene una mejor consciencia de ellos. Bauman llama a éste proceso “modernización” y con dicha expresión se refiere primero que todo a los cambios materiales, infraestructurales, demográficos, industriales, etc., que se dan en la sociedad. En forma de reacción positiva o negativa por parte de los individuos a estos cambios gestados por la “modernización”, éstos se expresan por medio del “modernismo”.

La Modernidad en tanto vorágine de experiencias, usos, desusos, cambios, ritmos, contradicciones y confusión se entiende como una dialéctica entre modernización y modernismo, entre los cambios materiales de la sociedad y cómo son éstos recibidos. Al respecto Marshall Berman sostiene que: “Estos procesos de la historia mundial [modernización y modernismo] han nutrido una asombrosa variedad de ideas y visiones que pretenden hacer de los hombres y mujeres los sujetos tanto como los objetos de la modernización, darles el poder de cambiar el mundo que está cambiándose, abrirse paso a través de la vorágine y hacerla suya” (Berman, 1988: 2). El ser humano se caracteriza por ser autónomo, por ser su propio “dueño”, quien dirige sus acciones, pero, a su vez se convierte en actor (por llamarlo de alguna manera) de la Modernidad, somos piezas de un engranaje que constantemente debe ser cambiada, actualizada, modernizada, nos convertimos en piezas que deben encajar en un mundo cambiante, tener el poder y la capacidad de adaptarnos y de cambiar lo que sea necesario para decir que estamos a la vanguardia con el mundo moderno.

Según Berman para de entender un poco mejor la Modernidad es necesario dividir su historia en tres fases. Una primera fase que para el autor se extiende aproximadamente desde comienzos del siglo XVI hasta finales del siglo XVII, es en esta época, donde el hombre sin saberlo empieza a experimentar la vida moderna, se dan procesos de búsqueda de un lenguaje acorde con los cambios de la época, dándose una falta de pertenencia con un entorno específico, existe la duda de si pertenezco o no pertenezco, no se es determinante el aceptabilidad de la generación de un proceso de modernización, se sabe que está ahí, pero existe una sensación de duda en el entorno, es decir, no es determinante. La segunda fase, se genera en la década de 1790, la cual es una época de revolución, o de “la gran obra revolucionaria” la cual estuvo enmarcada por la Revolución francesa y todas las repercusiones que ella trajo consigo para la sociedad de la época, puesto que es aquí donde surge abruptamente y de una forma espectacular “el gran público moderno”, público que en un ambiente de revolución genera cambios en lo personal, social y

político. El ser humano acude a la dicotomía de vivir materialmente y espiritualmente, en un ambiente hasta ese entonces para nada moderno. Y es de esta necesidad de vivir y experimentar en dos mundos, de donde empieza a emerger la idea de modernización y modernismo. Finalmente, está la tercera fase, la cual se enmarca en el siglo XX, donde los procesos de modernización se expanden por todo el mundo, en otras palabras, se dan los procesos de globalización y apertura de los mercados, acarreado consigo, un sinnúmero de cambios en los entornos sociales, causando cambios en las formas de pensamiento y de expresión.

Berman afirma que uno de los primeros autores que empezó a emplear el término de Modernidad fue Rousseau, inclusive mucho antes de la Revolución francesa y americana, empleando el término en la misma tónica en la que usaba por la época de los siglos XIX y XX, convirtiéndose en la fuente de una de nuestras tradiciones más modernas, arraigadas en nuestros más profundos sentimientos, con implicaciones psicoanalíticas y políticas, cuando Rousseau plantea la Modernidad como una forma de vida, plantea un interrogante, que a mi parecer aún está vigente, “¿Cómo iba el individuo a moverse y vivir en el torbellino?”, si nos tomamos el atrevimiento de interpretar al torbellino como la modernidad, es válido afirmar que hoy en día aún nos enfrentamos a ese torbellino, y con el ir y devenir de los avances tecnológicos y de los cambiantes mercados, estamos inmersos en un torbellino, el cual debemos enfrentar y superar día a día, “un flujo continuo de prejuicios y opiniones en conflicto”, en un conjunto de diversos pensamientos, que lo único que permiten afirmar, con seguridad, es que: “todo lo sólido se desvanece en el aire”, que la solidez de la modernidad, se ve amenazada por los constantes cambios devenidos de la modernización.

2. Emancipación, individualidad y trabajo en la Modernidad sólida.

En este sentido, y en relación con lo anteriormente expuesto, abordamos los conceptos de emancipación, individualidad y trabajo en la Modernidad sólida, desde la mirada de estos tres conceptos expuestos por Bauman se intenta dar cuenta de tres aspectos fundamentales en la configuración de la Modernidad. Estos conceptos son esenciales en la medida que constituyen, por decirlo así, el aspecto social, práctico y político de la Modernidad en su fase sólida. Se puede decir que es difícil considerar que el concepto de individualidad tenga muy poco que ver con la sociedad en general, pero resulta que en la Modernidad sólida se tenía muy en cuenta la serie de restricciones, normas, deberes que los individuos debían asumir para integrarse en el proyecto Moderno, es decir, la construcción histórica del progreso mediante el arduo trabajo.

Bauman a diferencia de Berman observa que en la Modernidad se da dos fases, una correspondiente a la fase sólida de la Modernidad, otra la describe como la fase líquida de la misma. El autor rastrea algunos elementos y características que nos posibilitan diferenciarlas, por ejemplo, la industrialización de la sociedad moderna que cambia por completo las formas de producción y de relación entre los hombres respecto a épocas anteriores; también la formación del Estado moderno que implica una nueva concepción de la política y el poder. Otro tanto se puede decir del concepto de individualidad que es fundamental para la conformación del Estado moderno de derecho.

La fase sólida de la Modernidad corresponde a un período en el cual se derrumban las antiguas instituciones y se formulan unas nuevas basadas en principios que deberían ser más duraderos y estables. La Modernidad sólida pues se basa en el buen funcionamiento de las cosas, instituciones y organizaciones y esto daba la sensación de solidez y eficacia necesarias para el progreso humano. La fase líquida de la Modernidad, por el contrario, muestra que estas conquistas van cediendo ante las nuevas formas de comunicación, economía y relaciones interpersonales en las cuales se genera un mundo que no es estable en todos sus aspectos.

En este punto se quiere hacer referencia al concepto de emancipación en la fase sólida de la Modernidad, en la emancipación como una necesidad de la sociedad moderna. En este punto encontramos que Bauman menciona que incluso en el siglo XX se llega a considerar en una sociedad próspera que debamos y tengamos que emanciparnos, esto quiere decir entonces que la emancipación se presenta como un problema en la sociedad moderna porque el reclamo de ello hace evidente su necesidad. El problema que señala Bauman -siguiendo a Marcuse- es que si bien en la sociedad del siglo XX permitía muchas libertades éstas “carecían de un sustento de las masas” (Bauman, 2003:21).

De acuerdo a Bauman esta carencia del “sustento de las masas” se originaba en la medida de que pocos individuos eran los que estaban dispuestos a liberarse a lo que se suma que el “liberarse” y

“emanciparse” de la sociedad constituye algo extraño e indeterminado que no se sabe muy bien cómo es, de qué consta o cómo funciona, ¿acaso no habría parámetros de conducta que formular o los cuales conservar? Y es que para Bauman “liberarse”:

“Significa literalmente deshacerse de las ataduras que impiden o constriñen el movimiento, comenzar a *sentirse* libre de actuar y moverse. ‘Sentirse libre’ implica no encontrar estorbos, obstáculos, resistencia de ningún tipo que impidan los movimientos deseados o que puedan llegar a desearse” (Bauman, 2003:21)

El sentirse libre de los obstáculos y restricciones presupone que nuestra realidad se crea constantemente por nuestros actos y deseos, pero también a la vez no hay que olvidar que el mundo nos presenta obstáculos que son difíciles de suprimir. Así que Bauman menciona que otro problema en relación a la “liberación” radica en la contraposición de la realidad que quiere crear nuestros actos y deseos y lo real que se nos pone como obstáculo y obstruyen nuestra realización, por lo cual, hay que considerar la sensación de liberación desde una perspectiva limitativa, lo real siempre va a ser una limitante en nuestro afán de emanciparnos de toda restricción. Bauman dice al respecto:

“Sentirse libre de actuar según el propio deseo, implica alcanzar un equilibrio entre los deseos, la imaginación y la capacidad de actuar. Por lo tanto, el equilibrio puede alcanzarse y conservarse inalterable de dos maneras diferentes: angostando, recortando el deseo y/o imaginación, o ampliando nuestra capacidad de acción. Una vez alcanzado éste equilibrio, y en tanto permanezca intacto, la “liberación” resulta un slogan vacío y carente de significación” (Bauman, 2003:22).

Bauman entonces considera que la emancipación, la liberación en la fase sólida de la Modernidad es limitada o limitativa porque se basa en equilibrar nuestros deseos e imaginación con los obstáculos que nos presenta lo real en tanto naturaleza o sociedad. Esto hace pues que se sienta la necesidad de pensar la liberación como una actividad para restringir nuestros deseos a los obstáculos que nos presenta real y por lo cual buscar una libertad absoluta se presenta como un ideal “vacío de significado” en vista de la clara limitante que pone el mundo externo. En unos pocos párrafos Bauman expone el problema de la emancipación en la Modernidad sólida como una contraposición entre nuestros deseos y lo real, entre nuestros anhelos y necesidades y los obstáculos que nos pone el mundo, la idea es que el hombre Moderno tiene consciencia de sus limitaciones, que una liberación genuina y libre de restricciones no es posible y que lo máximo a que se puede llegar es a establecer un equilibrio entre esas dimensiones de la realidad y lo real.

En otras palabras, en la Modernidad en su fase sólida se estableció una distinción basada entre las aspiraciones y las condiciones que las hacían posibles o no, esta distinción es la de la libertad ‘subjetiva’ y la libertad ‘objetiva’ -así como entre la ‘necesidad de liberación’ subjetiva u

objetiva-” (Bauman, 2003:22). Esta distinción quiere decir que la libertad subjetiva es la capacidad de imaginación, reflexión, de pensamiento por parte del individuo sin que algunas condiciones externas ejerzan una presión sobre el ejercicio del libre pensar y lo determinen; por otro lado, la libertad objetiva alude a la exteriorización de la libertad subjetiva, es decir, cuando entra en juego con el mundo que le rodea, por lo cual, la libertad objetiva obedece propiamente al ámbito social y no al ámbito personal o de la conciencia como en el primer caso (libertad subjetiva).

El ejercicio de la libertad subjetiva que está inscrito en la intimidad del individuo no puede realizarse completamente en el ámbito externo ya que nos encontramos con obstáculos de tipo de lo real, es decir, de las condiciones materiales que ponen límites a nuestras pretensiones o bien, obstáculos que tienen que ver con el ejercicio de la libertad de otros individuos; especialmente en este punto hay que señalar que la libertad no sólo hace parte del individuo sino que intenta inscribirse en el exterior, en un espacio en el que se encuentra con otras pretensiones similares o diferentes a las del individuo. Es el conjunto de estas libertades coordinadas o no que lo que se considera como libertad objetiva, es la traba de pretensiones, relaciones, acuerdos, desacuerdos, etc., que se dan en una comunidad o en una sociedad. Y esto para Bauman es una situación que abre muchas preguntas dentro de la filosofía política en tanto que el equilibrio entre los deseos y/o imaginación y lo real sugieren más bien una limitación, determinación o subvaloración de la libertad “subjetiva” por dos razones:

- a. Por la presión directa de lo real (o principio de realidad como lo llama Freud de acuerdo a Bauman) que implica que toda la capacidad imaginativa, creativa e intencional sean “recortadas para adecuarlas al tamaño de la capacidad de actuar” (Bauman, 2003:22), de una manera razonable, es decir, considerando las posibilidades de éxito que se puede alcanzar en un proyecto.
- b. También los intereses políticos o económicos gestados dentro de una comunidad o sociedad, es decir, que las capacidades de actuar, de imaginar, crear o desear un mundo diferente al que se vive están debilitadas por este tipo de intereses que desanima a los individuos y comunidades a sobrepasar su condición, establecer sus propios límites y modelos de conducta, por lo cual, las capacidades subjetivas se ven temerosas y petrificadas frente a la creación de nuevos patrones de conducta que permitan la creación de una conformación social diferente.

La distinción entre libertad “subjetiva” y “objetiva” presenta a la Modernidad una serie de dilemas filosófico-políticos que en última instancia conduciría a los pensadores a considerar si la población o los individuos en general verían la liberación como una actividad o una situación no deseable por la cantidad de esfuerzo necesario para lograrla o porque no representaba otra cosa que “adaptarse” de la mejor forma posible a las condiciones existentes. Es posible que la satisfacción de las personas que viven en una sociedad en la cual puede comprar o vender lo que se quiera (o según sus capacidades adquisitivas) no dicte algo más allá que esa vida, aunque claro, la vida que se experimenta en una sociedad así puede ser una ilusión de la libertad. Las

personas pueden estar satisfechas de su libertad, pero las decisiones y actuaciones que se toman en ella están más de las veces guiadas por el mercado.

La falta de interés por la liberación de las presiones sociales conlleva a pensar que los individuos necesitan ser liberados de las demandas políticas y presiones sociales ya que no tienen interés de hacerlo por ellos mismos, lo cual sería una suposición contradictoria puesto que ellos mismos no estarían haciendo uso de su libertad subjetiva para emanciparse y sentirse libre. La razón que encuentra Bauman para esta reticencia es que “a las personas simplemente les disgustaba la idea de ser libres y que, dados los sinsabores que el ejercicio de su libertad podía implicar, rechazaban la perspectiva de su emancipación” (Bauman, 2003:23). La liberación implicaba que el mundo humano es una serie o un sistema de deberes, de decidir responsablemente, cosa que según Bauman rechazaban las masas porque implica “asumir los riesgos y las responsabilidades que son parte de una autonomía y una autodeterminación genuinas” (Bauman, 2003:24).

Toda emancipación por lo tanto conlleva a una carga de responsabilidad sobre los actos y decisiones tomadas, ya sea por la apatía a la liberación de los hombres o bien porque la carga de responsabilidad era muy pesada, Bauman manifiesta que el problema de la emancipación se convirtió en un factor decisivo en el tema de la política durante la Modernidad sólida ya que en realidad exigía más (responsabilidad) de lo que prometía (felicidad). No hay felicidad allí donde se vive en constante consternación y miedo al error, a no cumplir con las funciones designadas dentro de una sociedad.

De hecho, Bauman analiza cómo ha hecho el discurso político moderno para unir dos ideas que serían contradictorias debido a la diferencia existente entre ellas. La emancipación como la sensación de sentirse libre de actuar sin obstáculos de ningún tipo y la sociedad como la fuerza cohesionadora de todos los intereses individuales, pues, en la filosofía política se ha expresado el horror al “hombre sin freno” (Bauman, 2003:25) que no estaba ligado bajo ninguna responsabilidad y norma. Por lo tanto, la sociedad, sus costumbres, normas y sanciones disciplinarias “es una fuerza emancipadora y la única esperanza razonable de la libertad a la que los humanos pueden aspirar” (Bauman, 2003:25).

La pregunta es ¿de qué emancipa o libera la sociedad? En la Modernidad sólida se teme el estado de naturaleza o un estado pre social del hombre, así que se piensa que el someterse a la presión coercitiva de la sociedad el hombre se libera de la animalidad, del instinto, “de las fuerzas físicas ciegas e irracionales” (Bauman, 2003:25). De éste modo para Bauman en la Modernidad sólida no hay contradicción entre la dependencia y la libertad, ésta únicamente es posible en la sociedad, por fuera de ella el hombre queda a la deriva, es arrastrado por la incertidumbre y la indecisión. Las normas, conductas y pautas regulares que se forman en la sociedad constituyen un albergue contra la incertidumbre y proporciona pautas de conducta para actuar y dirigir el curso de su vida, “tomar decisiones bajo la propia responsabilidad [y con] el tranquilizador conocimiento previo de sus consecuencias” (Bauman, 2003:26). Las pautas y presiones sociales

posibilitan el tomar decisiones, calcular las consecuencias de ellas y superar la incertidumbre de vivir a tientas. Bauman menciona al respecto:

“La ausencia de normas o mera oscuridad -anomia-es lo peor que le puede ocurrir a la gente en la lucha por llevar adelante sus vidas. Las normas *posibilitan* al imposibilitar; la anomia augura una imposibilidad lisa y llana. Si las tropas de la regulación normativa abandonan el campo de batalla de la vida, sólo quedan la duda y el miedo” (Bauman, 2003:26).

No sólo las normas proporcionan pautas de conducta, sino que en la Modernidad sólida éstas pautas se convierten en rutina, y aunque esta sea degradante para la vida libre, se consideró necesaria para aplacar una existencia insensata. La contradicción entre los deseos y lo real se aplaca con la rutina, lleva a armonizar los polos hasta el punto que se sobrepone la rutina, el sentimiento de emancipación se ahoga o se mantiene latente, en la fase sólida de la Modernidad la emancipación sabe sus aspiraciones, pero también sus límites y se intenta que ésta se articule en los límites de su capacidad de actuar mediante las normas sociales, entre éstas últimas encontraría su sentido.

Otro aspecto fundamental para poder comprender el concepto de la Modernidad de acuerdo a Bauman es la individualidad. Ésta se presentaba como una necesidad de la sociedad moderna para poder superar la concepción del hombre como un ser esencialmente comunitario, o bien, determinado por las exigencias, los valores y proyectos de la comunidad. La comunidad por su parte era la forma social que se daba en la sociedad premoderna unida por los lazos de sangre, la religión o lealtades políticas (estamentales), en este sentido, la pertenencia comunitaria se sobreponía a las decisiones, pensamiento u opinión individual.

En la sociedad moderna, por el contrario, la individualidad adquiere una importancia mayor que la comunidad, pues, se requiere individuos que tomen decisiones propias, calculen los efectos de sus acciones, se hagan responsables de sus propias vidas, y adquieran criterio suficiente en todos los aspectos de sus vidas. Al menos, es lo que comúnmente se considera respecto a la individualidad en la fase sólida de la modernidad, que la individualidad sea una de las características de la sociedad moderna, y que ésta última sea una red de individuos que simplemente están relacionados por el espacio que habitan, las relaciones comerciales que trazan, así como por sus propias preocupaciones: el trabajar para ganar lo suficiente para la alimentación propia y familiar, sostener el lugar donde se vive, y las cosas que produce la sociedad.

Otro aspecto importante de la individualidad es que lleva a considerar la inconformidad de las distintas opiniones lo que ayudaría a enriquecer los debates en torno a algún problema, esto enriquecería las decisiones y procesos políticos dentro de la sociedad moderna, así que la individualidad se convierte en un derecho dentro de ésta y en un principio que el Estado moderno ha de proteger. El problema que surge en la sociedad moderna es cómo poder reunir o dirigir

todas las individualidades para que la sociedad moderna no se fragmente y se disipe en la falta de articulación de los intereses privados. En este sentido, cabrá preguntarse si la implementación de un proyecto social o de un principio que reúna y dirija los intereses individuales para beneficio de la sociedad moderna no atentaría contra la individualidad misma, es decir, el derecho a ser diferente, expresar sus propios puntos de vista y tener la capacidad de escoger lo que le es más apremiante para la vida.

Si la sociedad moderna mantuviese la idea de que funcionaría como un colectivo de individuos que ocupan un determinado espacio a lo mejor se vería en dificultades en el tratamiento del conflicto social, de las diferentes disputas internas o del caos que representaría una cantidad indeterminada de voluntades particulares que velarían por sus propios intereses sin mayor coordinación y dirección. El progreso de la sociedad moderna estaría destinado a desvanecerse por la falta de proyección, de continuidad y de trabajo conjunto, así que la sociedad moderna se dio a la tarea de poder organizar y controlar a los individuos que componen una sociedad para que el mismo concepto de individualidad no amenace el ritmo y los proyectos de producción y expansión de la Modernidad.

Para ejercer el control y la planificación social, la sociedad moderna se vio en la necesidad de crear instituciones cuya función sería principalmente la creación de sujetos dóciles, obedientes, disciplinados cuyo rol sería la contribución con su trabajo, esfuerzo y esmero al progreso de la sociedad. Para Bauman este tipo de Instituciones representaban las aspiraciones más grandes de ejercicio del control y la planificación en la fase sólida de la Modernidad y eran llamadas “panópticos”. Los panópticos eran grandes y complejas instalaciones dentro de las cuales se formaban o se reformaban los individuos que debían servir a los intereses de la sociedad moderna, de este modo, la Fábrica, la Escuela, el Ejército y el Hospital principalmente estaban constituidos para ejercer la disciplina y moldear la conducta de los distintos individuos dentro de ellas.

La tarea de moldear la conducta en el panóptico se llevaba a cabo por medio de la disciplina, la constante vigilancia, una escrupulosa rutina física y psicológica tanto en aquellas personas dispuestas como en aquellas que por motivos delictivos, psiquiátricos y anímicos se negaban a amoldarse a las necesidades de la sociedad moderna enfocada en la producción de objetos de consumo. Así, todo panóptico debía tener un centro de vigilancia y funcionarios que patrullaran e impusieran la disciplina en todas es esferas de la conducta humana para forjar a los hombres necesarios para la sociedad, fuertemente disciplinados pero dóciles, que sufrieran todo el peso del deber para con la sociedad y a la vez sintieran que se entregaban a este mundo por decisión y voluntad propia.

Entonces el control de la individualidad, su direccionamiento y designación de rol, en sí contradiría el mismo concepto de individualidad, a menos que se hallen mecanismos que por un lado asignen la dirección, los planes y proyectos de los individuos y que a la vez posibiliten la ilusión que éstos escogen libremente hacer parte del proyecto de la Modernidad. El que el

individuo crea que tiene opiniones y criterio para decidir sobre su vida y su destino, pero a la vez, sus decisiones tienen que estar racionalmente orientadas a contribuir con la sociedad en general. De ahí que Bauman mencione que a mediados del siglo XX dos escritores, Aldous Huxley y George Orwell, escribieran desde dos posiciones distintas una hipotética situación futura:

“El presagio de *un mundo estrechamente controlado*, en el que la libertad individual no sólo estaba hecha añicos sino que ofendía gravemente a la gente entrenada para obedecer órdenes y seguir rutinas prefijadas; un mundo en el que una pequeña elite tenía en sus manos todos los hilos -de modo que el resto de la humanidad eran meros títeres-; un mundo dividido en manipuladores y manipulados, planificadores y cumplidores de planes -los primeros ocultaban los planes y los segundos ni siquiera sentían deseos de espiarlos para comprender su sentido-, un mundo en el que cualquier otra alternativa resulta inimaginable” (Bauman, 2003:59).

Bauman menciona que ambos autores tenían una visión del futuro en el que el control, la supervisión y la opresión hacían parte de la cotidianidad humana, que el mundo se encaminaba cada día más hacia el refinamiento de una técnica de control humano que ya sea mediante la opresión directa o el funcionamiento perfecto de los roles sociales anularía la libertad. Pero esa visión que se tenía del futuro en realidad no era algo que en la fase sólida de la Modernidad no se presentara, por el contrario, en la Modernidad sólida el control en el trabajo, la escuela, la familia, el ejército y las instituciones de salud era parte del proyecto mismo de la Modernidad ya que la individualidad por sí misma terminaría por fragmentar la sociedad e imposibilitaría encauzar todas las voluntades hacia un proyecto común: el progreso social.

Para Bauman el modo más concreto de control y coordinación humana se presentaba en el fordismo, en la forma de producción que sería característica del capitalismo pesado (sólido). En la fábrica fordista se presentaba como en ninguna otra parte un mundo estrechamente controlado en el cual cada estación tiene su razón de ser, cada miembro del personal su función: el controlar o producir, y en fin, la fábrica fordista es un mecanismo en el que cada lugar, herramienta y personal es un engrane del sistema operativo; en él todo está controlado y planificado, y las posibilidades de la vida humana, de su conducta, pensamiento, relaciones sociales, etc., están determinadas por las reglas de producción vigentes.

En la fase sólida de la Modernidad el fordismo se convierte en el modelo de industrialización, acumulación, regulación por excelencia que implicaba una creciente regulación y control de los gerentes sobre los trabajadores. Entonces, las visiones del futuro a las que Bauman se refiere en las obras de Huxley y Orwell y que vislumbraban un mundo técnicamente controlado y dividido entre los planificadores y ejecutores de órdenes, ya eran parte de la realidad a principios del siglo XX, era la forma más efectiva de control:

“La fábrica fordista –con su meticulosa distinción entre planificación y ejecución, iniciativa y cumplimiento de órdenes, libertad y obediencia, invención y decisión, con su apretado entrelazamiento de los opuestos en cada una de esas oposiciones binarias y con su fluida transmisión de órdenes desde el primer elemento hasta el segundo de cada par- era sin duda el mayor logro hasta el momento de una construcción social tendiente al orden” (Bauman, 2003:63).

Las cuestiones más decisivas como la libertad o la individualidad parecían perder significado dentro de la fábrica fordista cuyo modelo de producción equiparaba al individuo con sus funciones, con las herramientas y maquinaria operada. Esta situación podía muy bien constituir una causa para una posible revuelta, el que la libertad y la autonomía se ahoguen en un mar de deberes, en la cotidianidad de la producción, en la cosificación del individuo dentro de la fábrica, un sistema de órdenes que vienen desde funcionarios con mejor posición que la del trabajador promedio; sin embargo el fordismo podía mantener a los trabajadores anclados a la fábrica usando recursos más facticos que la lealtad o la obediencia del trabajador a la fábrica, este mecanismo de anclaje a la fábrica era *incrementar el salario*.

El incrementar el salario de sus trabajadores para la fábrica del tipo fordista proporcionaba un incentivo para que el trabajador se encargara a su lugar de trabajo, evitara la “tentación de desertar o de cambiar de bando (...) [por lo cual] en su etapa pesada, el capital estaba tan fijado a un lugar como los trabajadores a los que controlaba” (Bauman, 2003:64). La libertad que había mencionado Bauman como la capacidad de movimiento sin que obstáculos le obstruyeran el rumbo se ve impedida por “la cadena invisible que unía a los trabajadores a su lugar de trabajo” (Bauman, 2003:64), la necesidad de ganar más para comprar los productos que ayudaba a producir el trabajador lo ataba al lugar de trabajo de por vida, la individualidad como la característica del individuo tiende a desaparecer al hacer parte de la masa trabajadora y al sumarse al sistema de órdenes que le dictan qué hacer, cómo comportarse, cuáles son las funciones y tareas, cuál es el rol asignado, etc.

De este modo, la individualidad en la fase sólida de la Modernidad estaba controlada primero por las funciones dentro del sistema productor y el fordismo es la más clara expresión de planificación y control social; segundo, los incentivos monetarios del fordismo conllevaron a que el trabajador se anclara aún más a su lugar de trabajo y al sistema jerárquico de las fábricas, por lo cual, la capacidad de moverse libremente de un lado a otro, de conservar la individualidad de su persona se veía impedida por las labores, deberes, funciones y obediencia dentro de la fábrica. La individualidad había sido un concepto clave en la formación de la modernidad, era la garantía de liberarse y emanciparse de las relaciones sociales premodernas en las que los valores de la comunidad se sobreponían a los del individuo gracias a un sentimiento de pertenencia, en la fase sólida de la Modernidad la individualidad se ve nuevamente obstaculizada por un sentido de pertenencia a la fábrica y éste sentido no es más que la posibilidad de adquirir dinero para incrementar la capacidad de compra.

Ahora bien, Bauman considera que el concepto de trabajo es otra característica mediante la cual se puede comprender el fenómeno de la Modernidad, la razón de ésta afirmación es que en la fase sólida de la Modernidad el trabajo constituyó principalmente el motor del progreso social. La idea de progreso indicaba que éste se alcanzaba en la medida que se iba controlando y organizando cada vez más distintos aspectos de la sociedad para que su funcionamiento fuese óptimo; al respecto menciona Bauman que: “Esa imagen [es decir, la imagen de ‘progreso’] tenía un fundamento epistemológico sólido, compuesto de entidades tan densas, inquebrantables e indómitas como la fábrica fordista o los Estados soberanos-administradores-planificadores-del-orden (que si no eran realmente soberanos lo eran por lo menos en su ambición y determinación)” (Bauman, 2000, pág. 142). Entonces, la idea de progreso aludía efectivamente a niveles mayores de control de la sociedad e instituciones sólidamente constituidas para ejercer o imponer ese orden y planificar la dirección que la sociedad debía tener; en otras palabras, que funcionaran correctamente al planificar y ordenar los distintos aspectos sociales encausándolos a determinado fin: el progreso.

El progreso en la fase sólida de la Modernidad era una idea optimista ya que implicaba una finalidad, la felicidad, la felicidad de todos los individuos, un mundo feliz. El progreso en cuanto aspiración no es algo dado a priori en la Modernidad sino que se constituyó como una tarea ardua, dolorosa, cuidadosa, trabajosa y nunca terminada; la esperanza cada día era terminarla y llegar en ese momento a un orden racionalmente establecido que constituiría un mundo feliz, ordenado, rico y al igual que un reloj, completamente exacto y funcional.

En la época una motivación para mantenerse en el ritmo de vida del mundo del trabajo era la *confianza* depositada en el ideal de *progreso* y en el *curso de la historia* que paulatinamente debería ir acumulando los elementos necesarios para alcanzar el estado cumbre de la civilización moderna (un mundo feliz); de allí que el tiempo presente sea un factor importante en mantener viva la idea de progreso porque en él se compara con el pasado los niveles de control sobre la naturaleza y sobre la organización social y sienta el precedente que se ha de superar en el futuro. Bauman dice al respecto que: “la confianza en uno mismo -la tranquila sensación de ‘tener control del presente’- es el único sustento sobre la que se asienta la confianza en el progreso” (Bauman, 2003:142).

El progreso entonces era una tarea de la sociedad moderna y ésta condición únicamente se alcanzaba por el trabajo conjunto, el trabajo estaba originado y coordinado para alcanzar el progreso social. Se debía aprovechar el tiempo trabajando para poder alcanzar el progreso, quien no aprovecha el tiempo se convierte en un paria de la sociedad, en un personaje desdeñable y parásito de los demás. En otras palabras, si había alguna actividad específicamente que garantizara la entrada al progreso ésta era el trabajo, era la fuerza motora que impulsaba a la sociedad hacia el progreso social, un mundo ideal metódicamente ordenado, organizado y funcional.

Ahora bien, para que el trabajo se convirtiese en dicha fuerza impulsora tendría que existir un determinado tipo de individuos que se desempeñaran correctamente en el mundo del trabajo y posibilitaran que éste se convirtiese en la fuerza fundamental de una sociedad centrada en la producción de bienes y servicios, por ello, el transformar las costumbres y mentalidad de los individuos respecto al trabajo fue la tarea de la *ética del trabajo* que inculcaría en los individuos la idea de que trabajar es someterse placenteramente al mundo de la producción controlada, supervisada y jerarquizada de la fábrica moderna.

La ética del trabajo tenía que destruir las ancestrales costumbres y visión que del trabajo tenía el hombre premoderno, esto es, el artesano. El artesano tenía una relación bien diferente para con el trabajo a la que tiene el trabajador de las fábricas modernas, el primero se tomaba su tiempo para hacer alguna artesanía o producto que necesitase, no estaba sometido a un horario y una rutina fija, razón por la cual le quedaba mucho tiempo libre para “holgazanear”, en cambio al obrero fabril le controlan el tiempo de ingreso, de salida, el tiempo que toma la elaboración o ensamble de cada producto, la producción por hora, semanal, mensual, etc.

El artesano trabajaba para la satisfacción de sus necesidades inmediatas al paso, su trabajo era producto de una libre decisión, compromiso, dedicación y celo, su producción se ejercía emotivamente, con orgullo, honor y sentido vital. Esta apropiación libre del trabajo y del tiempo de trabajo era el que quería combatir la ética del trabajo, la razón, era que las condiciones de producción se habían transformado radicalmente con el advenimiento de la industria y los centros fabriles, así para Bauman hay que tener en cuenta que:

“Las condiciones de producción modernas eran distintas a las que caracterizaban a la producción preindustrial, pero con la ética del trabajo y el principio de ‘buen rendimiento’ se intentaba despertar el sentimiento incondicional al trabajo que los artesanos preindustriales sentían en sus actividades laborales”. (Bauman, 2000:19).

Las nuevas formas de producción exigían una presencia constante en la fábrica, un rendimiento sin par, un esfuerzo mayor que el acostumbrado, la producción se caracterizó también por estar mediada por la relación coste-beneficio, el sometimiento a las jerarquías laborales y al ritmo que imponía la máquina al operario, por lo cual, el entusiasmo por trabajar por parte del individuo moderno no era el más apto.

Así que la ética del trabajo tendría que resaltar los valores de la nueva forma de producción en detrimento de la producción artesanal o premoderna, ésta última fue calificada como irracional, desorganizada, ingenua, carente de disciplina y organización, estéril, improductiva e ineficaz, un modo de producción en el que se desperdiciaba el tiempo, y adolecía de la falta de previsión del futuro de la persona y de la sociedad ya que el artesano sólo producía para sí y para su satisfacción inmediata y no pensaba en una contribución que trascendiera su persona.

La ética del trabajo de este modo tiene que establecerse a partir de la formulación de unos principios que determinaran el valor de la nueva forma de producción a la vez que despertaran la emoción en los individuos por entregarse sin reserva a éste nuevo mundo en el que debían adaptarse al ritmo de la máquina, al control estricto del horario de trabajo y la cadena de mandos y jerarquías entre los planificadores y ejecutores de la producción moderna. Estos principios de acuerdo a Bauman eran:

Premisa 1: “Si se quiere conseguir lo necesario para vivir y ser feliz, hay que hacer algo que los demás consideren valioso y digno de pago. Nada es gratis”. (Bauman, 2000:17)

Premisa 2: “Está mal, [...] es necio y moralmente dañino, conformarse con lo ya conseguido y quedarse con menos en lugar de conseguir más; que es absurdo e irracional dejar de esforzarse después de haber alcanzado la satisfacción; [...] no es decoroso descansar salvo para reunir fuerzas para seguir trabajando. [...]. Trabajar es bueno, no hacerlo es malo”. (Bauman, 200:17).

Presunción tácita 1: “La mayoría de la gente tiene una capacidad de trabajo que vender y puede ganarse la vida ofreciéndola para obtener a cambio lo que merece; todo lo que la gente posee es una recompensa por su trabajo anterior y por estar dispuesta a seguir trabajando” (Bauman, 2000:17).

Presunción tácita 2: “Sólo el trabajo cuyo valor es reconocido por los demás (trabajo por el cual hay que pagar salarios o jornales, que puede venderse y está en condiciones de ser comprado), tiene el valor moral consagrado por la ética del trabajo”. (Bauman, 2000:18).

Bajo estos principios la ética del trabajo intentaba instaurarse como una norma de vida que posibilitaría la transición de la figura del artesano a la del obrero o trabajador fabril, establecer un modelo de conducta acorde a las necesidades de organización y producción y no “resistirse al ritmo de la vida fijado por el capataz, el reloj y la máquina” (Bauman 2000:18). El capataz representa la jerarquía dentro del trabajado entre los planificadores, supervisores y ejecutores de órdenes; el reloj representa por otro lado el control del tiempo en la producción; y la máquina viene a representar la relación que el obrero debió de establecer al supeditarse al ritmo del mecanismo de producción.

Por lo demás, el trabajo de acuerdo a esta ética era una capacidad que había estado desperdiciada y que era justo que el individuo cobrara por los servicios prestados, es decir, que podía hacer uso de su fuerza de trabajo para poder obtener una remuneración a cambio y con ello sentar las bases para su futuro, de lo contrario se vería relegado de la sociedad, por lo cual, “(...) el sometimiento de los obreros a una mortal rutina mecánica y administrada” (Bauman, 2000:22) era preferible a una vida sin disciplina, sin organización ni control.

Así que para poder establecer un patrón de conductas determinadas la sociedad moderna debía crear instituciones para educar al sujeto moderno, imprimirle ciertas actitudes y posibilidades de actuar para encajar en la sociedad productora, un determinado tipo de sujeto que fuese dócil dentro de la fábrica y ejerciera autoridad dentro de su familia para poder así el mecanismo de disciplina de la ética del trabajo. La ética del trabajo imponía el trabajo hacia que el hombre se entregase sin reservas a su trabajo, que aprendiera a obedecer las instrucciones y respetar las jerarquías, y obedecer estos postulados era necesario en tanto que los promotores de la ética del trabajo “coincidían en que los trabajadores manuales no estaban en capacidad de regir su propia vida.

Como niños caprichosos o inocentes, no podían controlarse ni distinguir entre lo bueno y lo malo, entre las cosas que les beneficiaban o les hacían daño”. (Bauman, 2000:24). Esto claramente, como se había manifestado anteriormente en la característica de la emancipación, contradecía uno de los grandes principios de la Modernidad, ésta había sustentado que el hombre debía emanciparse de toda institución que atrasase u obstaculizase su desplazamiento libre, pero la ética del trabajo era un poderoso instrumento de atar al individuo moderno a la fábrica, a las jerarquías laborales y en general a una vida sin sentido. De allí que la ética del trabajo era considerada a los ojos de los intelectuales y de la sociedad en general, al disciplinar a los obreros a una vida monótona, obediente, rutinaria y dependiente, como “un proceso civilizador” (Bauman, 2000:25).

Ahora bien, se puede decir que si la ética del trabajo era considerada como un *proceso civilizador* éste se fundaba en ciertas exigencias contrarias al libre desarrollo del individuo, y claro está, había instituciones que debían hacer cumplir con las exigencias de la Modernidad y la sociedad productora. La fábrica se vio como la primera especie de panóptico en la fase sólida de la Modernidad (Bauman, 2000:35), de una institución encargada de controlar, vigilar, imprimir conductas productivas, obediencia y entrega a los individuos; igualmente la Escuela, el Ejército, Hospitales mentales o la Familia eran las instituciones encargadas de “educar” y “civilizar” a los individuos modernos, los individuos no sólo producían sino que en las fábricas, Escuelas, Hospitales también eran *producidos* con determinadas características y patrones de conducta diseñados para producir mediante el sometimiento a una rutina constante, un orden preestablecido, actividades programadas, tareas específicas y sistemas de premios y castigos que empezaba por el núcleo familiar. Al respecto Bauman nos dice:

“Si la sujeción de la población masculina a la dictadura mecánica del trabajo fabril era el método fundamental para producir y mantener el orden social, la familia patriarcal fuerte y estable, con el hombre empleado (‘que trae el pan’) como jefe absoluto e indiscutible, era su complemento necesario; (...) y dentro de esa familia, se esperaba que los maridos/padres cumplieran, entre sus mujeres y sus hijos, el mismo papel de vigilancia y disciplina que los capataces de fábrica y los sargentos del ejército ejercían sobre ellos en los talleres y cuarteles (...). La autoridad marido/padre, dentro de la familia, conducía a presiones disciplinarias en la red del orden y, en función de ese orden, llegaba hasta las partes de la

población que las instituciones encargadas del control no podían alcanzar”.
(Bauman, 2000:36)

El control de los individuos empezaba en las instituciones y permeaba en el espacio privado, en la familia y en la Escuela. Hoy este proceso civilizador de la ética del trabajo puede parecer represivo en exceso, no en vano la emancipación y libertad de los individuos que habían sido ideas directrices de la Modernidad se vieron coartadas por la rutina, la necesidad de trabajar para no ser excluidos de la sociedad, la relación con la máquina, con los superiores y la necesidad de producir cada vez más rápido y a mayor escala.

Pero a la vez, el trabajo, el tener un trabajo implica tejer un mundo de relaciones sociales, perspectivas, proyecciones en la vida, empatía y decisiones sobre el futuro ya que “el trabajo era el principal factor de ubicación social y evaluación individual” (Bauman, 2000:34). Llegó a ser un medio de identificación de la otra persona de quien se podía tener muchas referencias de acuerdo al trabajo que realizaba, “la pregunta ‘Quién es usted’ se respondía con el nombre de la empresa en la que se trabajaba y el cargo que se ocupaba” (Bauman, 2000:34), de allí si la persona era confiable, tenía aspiraciones en la vida, proyectos, estabilidad económica, la viabilidad de parentesco, negociaciones y amistad.

Así el trabajo en la fase sólida de la Modernidad se le entiende como una actividad que estaba destinada a lograr el progreso social, para ello, la misma sociedad y las instituciones se vieron en la necesidad de “educar” al individuo en el nuevo modo de producción que había surgido en las fábricas. La ética del trabajo constituía un modelo de conducta que, mediante la repetición, la disciplina y obediencia formaría a la clase de productores necesarios para operar las grandes máquinas, una disciplina que se extendió hasta el ámbito personal. Las instituciones panópticas eran un proyecto que se consideraba necesario para poder garantizar el modelar la conducta de los individuos, pero a la vez no todo el trabajo tenía esa connotación negativa que ahora se le otorga desde esta perspectiva que resulta contraria a la autonomía y libertad ya que el trabajo garantizaba determinadas relaciones sociales entre la clase trabajadora.

3. Emancipación, individualidad y trabajo en la Modernidad líquida.

La Modernidad en su fase líquida presenta nuevos fenómenos sociales, políticos, económicos y culturales, todos producidos sobre la concepción de que no hay nada y no tiene por qué haber en la vida en general algo sólido, estable y perdurable. De este modo, la pretendida solidez de las instituciones, pautas de conducta y normas que se requería en la Modernidad sólida para su buen funcionamiento se ven disueltas por la necesidad constante de experimentar cosas nuevas, de expresar lo que se desea (así la expresión no sea necesariamente una postura política importante). La individualidad toma una nueva dimensión, mientras en la Modernidad sólida el individuo era consciente de sus funciones y deberes sociales, en la Modernidad líquida se presenta una liberación por parte del individuo de toda forma de control, deber, norma y compromiso social.

El trabajo en la Modernidad líquida no constituye ya esa experiencia de ser un medio para la consecución de un proyecto social, por el contrario, el trabajo pasa a ser un medio que provee al individuo de los recursos necesarios para la satisfacción inmediata de impulsos consumistas. La sociedad en la Modernidad líquida es precisamente eso, una sociedad constituida por individuos consumistas. Por otro lado, las nuevas tendencias en la producción determinadas por la economía globalizada desligan al trabajador de su lugar de trabajo, no brindan la experiencia formadora, constante y sólida de una actividad de por vida. Tenemos así, que los individuos no buscan permanecer demasiado tiempo realizando un trabajo, o bien, las nuevas formas laborales no lo permiten al regular en cortos periodos los contratos de trabajo, a lo que se suma que las nuevas modalidades de ganar dinero (trabajar por internet desde la comodidad del hogar, vendedor por catálogo, etc.), conllevan a una forma de trabajo en la cual la socialización entre la clase trabajadora ya no es posible ni necesaria.

Ahora bien, el hecho de que el individuo siempre busque nuevas experiencias y que la economía y producción le brinden toda una gama de productos para satisfacer las demandas de los individuos, hacen que éstos tengan un sentimiento de libertad sin restricción, de que en su vida la emancipación ya no sea una tarea por cumplir, sino que se presenta como un hecho. Es una sociedad de individuos emancipados de todo deber y norma social, y en una sociedad en la que los individuos viven a sus “anchas” no se hacen necesarias instituciones sólidas o fuertes. Una clara expresión de esta carencia de instituciones fuertes es el debilitamiento del Estado respecto a su incidencia en el flujo económico, así como el control sobre las empresas multinacionales y en general sobre la incapacidad de poder coordinar las potencialidades humanas en un proyecto común.

Teniendo en cuenta lo anterior, el concepto de emancipación, de acuerdo a Bauman, tiene íntima relación con el concepto de individualidad, de hecho, es significativo que nuestro autor se detenga en analizar el papel que desempeña el concepto de individualidad en los desarrollos de la teoría crítica de la Escuela de Frankfurt que relacionaron con insistencia la idea que la emancipación es posible gracias a la reivindicación del individuo frente a las demandas y exigencias del Estado totalitario. En otras palabras, mediante la reafirmación del concepto de

individuo y del espacio privado, se podía hacer frente a las determinaciones públicas (o del espacio público) para así lograr la emancipación.

La emancipación por parte del individuo de las determinaciones sociales y políticas implicaba que la teoría filosófica o la teoría crítica tenía un *telos* o finalidad clara, el que el individuo logre tomar consciencia de la situación que vive y que encuentre las herramientas o sistema de conductas que posibiliten dicha emancipación o liberación. La emancipación o liberación de la sociedad era la tarea de la teoría crítica, sin embargo, Bauman señala que estas nobles intenciones encontraban un gran obstáculo, y es que la liberación fue vista como maldición o bendición por parte de los individuos colocándole trabas a este proyecto, “a las personas les disgustaba la idea de ser libres y que, dados los sinsabores que el ejercicio de su libertad podía implicar, rechazaban la perspectiva de su emancipación” (Bauman, 2003:23).

Ahora bien, estas trabas que han colocado los individuos a su emancipación en lo que respecta a la fase sólida de la Modernidad venía acompañada por un lado al temor que implicaría que una vez emancipados no quedaría un garante seguro de su conducta, que posiblemente se caiga en el estado de naturaleza y de violencia anárquica; por otro lado, la emancipación significaría que habría que limitar la libertad al conjunto de normas y leyes estipulados para no caer en el abuso de la misma ya que “la libertad no puede obtenerse por fuera de la sociedad” (Bauman, 2003:25). Respecto a la Modernidad líquida el concepto pierde su sentido en tanto que las libertades que gozan los individuos en la época no tiene precedentes, por lo cual, el emanciparse no jalona ya ningún proyecto político ni ninguna acción conjunta porque el individuo no siente tal necesidad. Al respecto dice Bauman:

“El presupuesto tácito que sostiene que una postura tan radical [, es decir, que la emancipación ya no es fundamental en ningún proyecto socio-político ni en el análisis filosófico crítico] es que ya ha sido concebible o asequible; no queda más que barrer los rincones y llenar algunos espacios en blanco -tarea que seguramente será terminada en breve-. Los hombres y mujeres son absolutamente y verdaderamente libres, y por lo tanto el programa de la emancipación ha sido agotado” (Bauman, 2003:27).

En este sentido las preguntas acerca que si la emancipación es una maldición o una bendición por las implicaciones que llevan como lo son la violencia o la responsabilidad de asumir el papel de individuo que debe someterse a la sociedad desaparecen respecto a los niveles de libertad que gozan los individuos. Las responsabilidades de los individuos también se han transformado profundamente, en la Modernidad sólida la responsabilidad que asumía el individuo era el de someterse al conjunto de leyes y normas, pautas de conducta, proyectos sociales, de poder coordinar acciones conjuntas en constante búsqueda del bien común, de la sociedad justa o buena; de igual modo, era también responsabilidad de los individuos el poder plantear sus problemas personales o individuales de una forma generalizada para la discusión pública (y el Estado debía garantizar esta actividad). No obstante, en la Modernidad líquida nos encontramos

con que el ámbito de la responsabilidad individual es sumamente reducido a la responsabilidad por sí mismo.

Una filosofía crítica que apele ahora a la liberación del individuo de las determinaciones sociales y políticas es anacrónica porque no atiende a ese fenómeno extraordinario de las libertades que gozan ahora los individuos. Por otro lado, hemos de tener en cuenta el caso opuesto, es decir, que, si bien los individuos no necesitan emanciparse porque gozan de libertades casi absolutas, estas libertades son impotentes respecto al blanco que la teoría crítica apuntaba, o sea, el derribe y reconfiguración del Estado, la economía política, las instituciones sociales y la sociedad misma cuya base sería una profunda transformación del individuo respecto a la adquisición de la conciencia del entorno en el que vive:

“La emancipación o la liberación del individuo mostraría, por el contrario, que la crítica y el individuo mismo, “por así decirlo, ‘no tiene dientes’, es incapaz de producir efectos en el programa establecido para nuestras opciones de ‘políticas de vida’ (...), la libertad sin precedentes que nuestra sociedad ofrece a sus miembros ha llegado acompañada también de una impotencia sin precedentes” (Bauman, 2003:28-29).

Se puede aducir también que la sociedad contemporánea, de acuerdo a Bauman, es una sociedad hospitalaria con la crítica, y ésta por tradición se ha encargado de mostrar las contradicciones de los sistemas de valores de las instituciones, el Estado y la sociedad en general, también de buscar la emancipación de condiciones adversas a la libertad de los individuos, pero en la Modernidad líquida estas permisiones no constituyen en sí una transformación de tales entidades sino más bien que las refuerzan “permaneciendo inmunes” (Bauman, 2003:29).

La crítica clásica (aun correspondiente a los ideales de la Modernidad sólida) en este sentido tenía un “estilo productor” en tanto que se proponía producir individualidades críticas para con la invasión del espacio público a la esfera privada, que sintieran la capacidad de organizarse para poder coordinar un proyecto político de emancipación, pero la crítica admitida y asimilada en la Modernidad líquida es una crítica “estilo consumidor”, una crítica que realiza pequeñas exigencias y se contenta tan sólo con un porcentaje de ellas porque se le atiende como atender a un cliente en un negocio.

La transformación que tiene que tener en cuenta la teoría crítica es precisamente una inversión de la relación del espacio público y el espacio privado. La teoría crítica clásica de Adorno y Horkheimer luchaba precisamente contra la incursión del espacio público al espacio privado, la incursión, vigilancia, adoctrinamiento, etc., por parte de los Estados totalitarios hacia los individuos, por lo cual la liberación de la sociedad en general es posible mediante la liberación que cada individuo pueda establecer mediante ciertas políticas de vida que afirmaban

precisamente su individualidad y los límites del poder. La libertad individual se oponía fuertemente al totalitarismo homogenizante de la conducta y pensamiento humano.

Pero en la Modernidad líquida la situación es contraria, el espacio público está siendo invadido por el espacio privado gracias a la exacerbada liberación de los individuos que con sus problemas y complejos personales han desplazado la capacidad política de poder traducir los problemas personales en temas públicos. Así, la emancipación en la Modernidad líquida tiene como consecuencia la paulatina pérdida de la capacidad política, argumentativa y organizativa de los individuos

Ese desplazamiento de la capacidad política y organizativa de los individuos tiene también su expresión en la adopción de las políticas de vida, es decir, de la serie de estrategias, normas, rutinas, estudios, etc., que adquiere el individuo como herramientas para poder desenvolverse en un mundo competitivo. Las políticas de vida, pues, son disposiciones que el individuo tiene y que le hacen responsable de su destino en la sociedad líquida, ellas constituyen la privatización de las tareas y responsabilidades que tiempo atrás eran asignadas a la razón y “la especie humana” (Bauman, 2003:35). Así que, en lugar de la política como traducción de los problemas personales en problemas públicos, las políticas de vida, por el contrario,

De igual modo, el concepto de individualidad en la fase líquida de la Modernidad se transforma radicalmente gracias a la transformación del individuo en lo relativo a sus intereses, pautas de comportamiento y actividades. De este modo, una transformación de las actividades del individuo exige por ello un nuevo concepto de la individualidad, éste concepto ha de poder dar cuenta de las principales tendencias en el comportamiento de los individuos en la fase líquida de la Modernidad caracterizada por las nuevas formas de comunicación, producción, información, sociabilización e intercambio. En este sentido, Bauman considera que a diferencia de la fase sólida de la Modernidad en la que se consideraba al individuo como trabajador y a la individualidad limitada por la actividad productiva del mundo laboral, así como por las instituciones, en la fase líquida de la Modernidad el individuo es consumista, y claro, la individualidad en esta fase denota los impulsos consumistas de las personas y la falta de regulación éticas de las instituciones políticas.

La individualidad si bien había surgido como fundamento crítico para la disolución de lazos y deberes premodernos mediante la construcción de nuevos deberes enfocados en la convivencia de los individuos dentro del Estado de Derecho, plantea en la fase líquida de la Modernidad una nueva consideración en las formas de socialización en tanto que los lazos fuertes y estables entre individuos que aún en tanto tal, se consideraban parte integral de una clase social, comunidad, nación o Estado, se han diluido. En la fase líquida de la Modernidad, por ello, todo está destinado a diluirse, a ser pasajero y efímero; de hecho, podemos apreciar cómo decaen las relaciones sociales y toman importancia y aceptación nuevas y livianas formas de socializar, por ejemplo, con las redes sociales que posibilitan desde encuentros fugaces a relaciones amorosas a distancia pasando por grupos de distintos intereses.

En las redes sociales, para Bauman, no se dan compromisos serios y a largo plazo entre individuos, cada quien está en plena libertad de abandonar o ingresar en estas redes y en los grupos que en ellas se gestan y que más de las veces son una conglomeración virtual de desconocidos, en otras palabras, “amigos” que nunca hemos visto personalmente, gente que está en nuestro círculo, pero con quienes no cruzamos palabras o mensajes y simplemente son desconocidos agregados, etc., lo cual no es garantía de establecer un lazo fuerte y cercano.

Si la fase líquida de la Modernidad se caracteriza por ser liviana, inestable, dinámica y no poder establecer nexos duraderos entre sus componentes, estas características las ha de compartir la individualidad en esta fase. El concepto de la individualidad se forma cuando se analizan las principales características de la Modernidad líquida, por lo cual, hablar de la individualidad en la fase líquida implica estudiar la transformación sufrida por un individuo disciplinado gracias a la mano fuerte de las instituciones modernas a un individuo indisciplinado, dejado en pleno uso de sus sus compulsiones y sin más guía ética y moral que los ejemplos de vida que encuentra en cualquier puesto de revistas o en la internet. Cuando se dice que el individuo es indisciplinado, simplemente no se quiere decir que sus rutinas, patrones de comportamiento sean violentos, sino que en la fase líquida de la Modernidad no hay figura política ni institución pública o privada que exija una disciplina fuerte al individuo encaminada en el progreso material y moral de la sociedad.

Como en la fase líquida de la Modernidad no hay institución que exija y canalice las fuerzas y posibilidades del individuo a algún fin establecido por la misma, el individuo se encuentra sin otra guía más que sí mismo para encontrar guía; en otras palabras, el individuo en la fase líquida de la Modernidad se libera de las exigencias elaboradas en la fase sólida respecto a la disciplina que se debía seguir para el buen funcionamiento de la sociedad y alcanzar el bien común, y una vez liberado de ello, el individuo se encuentra en una situación de desgarramiento del vínculo social, por lo cual, la responsabilidad de fijar sus pautas y normas de conducta recaen sobre él mismo. Pero como éste no es autoridad para decidir sobre sí mismo y no llega a considerar a ninguna autoridad moral por encima de él, ha de buscar en el mercado una “guía” que ayude a establecer una rutina y pautas de conducta para sobrevivir en el mundo de la competencia del mercado globalizado. Bauman pone énfasis que esta guía que busca el individuo contemporáneo es tomada como un ejemplo de vida, una simple recomendación para llegar a obtener un éxito personal.

El individuo ya no tiene disciplina impuesta desde fuera, no hay institución ni figura política que pueda exigirle eso, por lo cual, la ha de buscar en otro lado para no entregarse al caos y volatilidad de un mundo fluctuante, cambiante y veloz. Antes de entrar en ello, vale la pena mencionar que Bauman señala de antemano que el mundo en el que se gesta el individuo de la fase líquida de la Modernidad empieza con la pérdida de los fines de la sociedad, fines que habían sido establecidos e institucionalizados en las distintas ramas del Estado por líderes políticos interesados en la construcción del bien común.

No hay para el individuo actual alguna institución que le exija pertenencia, por el contrario, hay una cantidad enorme de medios para poder eludir las responsabilidades sociales e internarse más en la propia individualidad; Bauman mediante la expresión “tengo auto, puedo viajar” (Bauman, 2003:65) pone de relieve precisamente el hecho que la fase líquida de la Modernidad se constituye una sociedad y cultura que pone todos los medios disponibles para el individuo, una infinidad de opciones y tendencias que puede seguir, el individuo está inserto en una sociedad que es grande en sus medios pero que no tiene sus fines claros en contraste con la fase sólida de la Modernidad cuyos fines estipulados eran claros y a largo plazo y alcanzables solamente mediante esfuerzo y trabajo conjunto de los individuos. Al respecto Bauman dice:

“Con la desaparición de la Oficina Suprema, que ya no se ocupa de proteger la frontera entre lo correcto y lo incorrecto, el mundo se convierte en una colección infinita de posibilidades: un *container* lleno hasta el borde de innumerables oportunidades que aún deben buscarse o ya se han perdido. Hay más posibilidades -muchísimas más- de las que cualquier vida individual, por larga, laboriosa y osada que sea, podría explorar, y menos todavía adoptar. Esa infinidad de oportunidades es la que ha llenado el espacio dejado por la desaparición de la Oficina Suprema” (Bauman, 2003:67).

Con la expresión “Oficina Suprema” Bauman se refiere a un tipo de institución de la fase sólida de la Modernidad, esto es, una institución o figura política encargada de vislumbrar que era lo correcto o lo incorrecto para los individuos, los valores, las normas de conducta, las acciones y decisiones permisibles; claro está, estas normas y valores no se percibían como una imposición sino como una serie de deberes que habían de cumplirse y que tenían como objetivo el bien común.

La oficina suprema era la encargada, pues, de determinar los fines que la sociedad había de perseguir y los medios adecuados para alcanzar tales ideales, la idea era que éstos fines eran alcanzables sólo a largo plazo, y la Oficina Suprema necesitaba de todos los recursos individuales para tal misión histórica, se trataba de la construcción del futuro; en el camino, se debían a la vez de crear los medios necesarios para la consecución de fines, por lo cual, la construcción histórica de la humanidad implicaba a la vez la creación de los medios, era una misión escalonada y a largo plazo. Lo que tienen los individuos en la fase líquida de la Modernidad, por el contrario, no son este tipo de fines a largo plazo, sino un gran arsenal de medios que le posibilitan satisfacer sus necesidades o intereses sólo con deslizar la tarjeta de crédito, haciendo un clic desde la comodidad del hogar o realizando pedido por catálogo.

Hoy la expresión a “largo plazo” choca con las transformaciones en la comunicación, con la manera de hacer negocios, la urgencia con la que queremos tener y que se hagan las cosas; la expresión “largo plazo” se ha convertido en un antónimo de nuestro ritmo de vida en el que prima la inmediatez, lo pasajero y lo efímero. Un individuo que se desenvuelve el semejante contexto no puede plantearse fines a largo plazo, tampoco lo hace la sociedad ni las instituciones

políticas en general ya que éstas no consideran actualmente ser una autoridad en lo concerniente a coordinar todos los esfuerzos individuales hacia un fin superior. La idea que la disciplina y el trabajo conllevaría a una sociedad sana y justa, progresiva y evolucionada se ha disuelto, por lo cual, la idea de progreso, de plantearse los fines perseguidos en comunidad mediante la creación de la historia, no ha ir más allá de la esfera de la individualidad. En la fase líquida de la Modernidad, los fines y el progreso se miden en tanto que cada quien obtenga la última tecnología que ha salido al mercado.

De este modo asistimos a una sociedad en la cual no se establecen este tipo de fines a largo plazo, tampoco ninguna institución se echa encima semejante responsabilidad, por el contrario, son las mismas instituciones las que liberan al individuo de sus deberes para con ellas responsabilizándolos de sus actos, de sus conductas y de las competencias que han de desarrollar para enfrentar las exigencias de la modernidad líquida. De este modo, el individuo responsable única y exclusivamente de él se plantea fines a corto plazo, fines que no se escapan de sus condiciones económicas o que no le presenten ningún reto incómodo y duradero, los fines a los que se aspiran son fines que son egoístas y no trascienden a la esfera pública. Es decir, que estos fines que se plantea el individuo están coordinados por sus capacidades y habilidades propias, por lo cual, no se plantea un fin social o político sino satisfacer sus *ansiedades* e *impulsos consumistas*, lo fines perseguidos por el individuo de la Modernidad líquida son simples e inmediatos, así como pasajeras y fugaces sus intentos de satisfacción.

El individuo se traza los fines en referencia a la consecución de algún producto de última tecnología o sobre las formas que ha de dirigir su vida para prosperar en los negocios, hacer dieta o mantener saludable su cuerpo, esto le lleva a comprar los distintos productos del mercado para tratar de llenar sus vacío respecto a la falta de relaciones sociales estables, de un trabajo duradero e inseguridad frente al futuro. El problema es que los artículos o los modos de vida comprados no tienen una duración y vigencia prolongada para mantener satisfechos a los individuos, sino que poca duración, el ser desechables, reemplazables y tener la fecha de vencimiento en el momento mismo de la fabricación mantienen en vilo al individuo gracias a las estrategias de la mercadotecnia; comprar un producto del mercado satisface por un momento al individuo hasta que este se da cuenta que va a salir otro mejor y con más características ya sea de la misma marca o de otra y que por lo tanto su compra de un momento a otro pasará a ser obsoleta, no estar a la altura de la moda o circunstancias.

Igual pasa con lo que Bauman llama las “políticas de vida”, es decir, el régimen que un individuo asume para conseguir fines deseados, por ejemplo, si se quiere estar saludable entonces el individuo se acoge a dietas, programas de ejercicios, actividades saludables, comprar máquinas de ejercicios, etc., y mediante la implementación de este régimen trata de asegurar su bienestar personal. Pero como no hay autoridad que decida sobre lo que es correcto o incorrecto para los individuos, entonces, ha de recurrir a los “ejemplos” de vida que por lo general son personas públicas que dan a conocer cuáles son sus propias políticas de vida y no se responsabilizan por los efectos que ha de causarle a una persona que se acoja a conductas. De este modo, en la fase

líquida de la modernidad la figura del líder político se pierde es reemplazada por la figura del ejemplo o del asesor.

El líder o los líderes -de acuerdo a Bauman- es la figura en la fase sólida de la Modernidad encargada de traducir el bienestar individual y el bienestar general, “las preocupaciones privadas y los temas públicos” (Bauman,2003:71). Es decir, que eran los encargados de poder convertir en un problema público las preocupaciones individuales o privadas de los miembros de la sociedad. En la fase líquida de la Modernidad se impone la figura del *asesor* en lugar de la del líder, y el asesor es el que hace las recomendaciones para las políticas de vida, o sea, motivar la preocupación en el interés personal, en la imagen proyectada y qué hacer para mejorar las condiciones de la existencia privada.

También se da el caso en que a falta de líderes y asesores que induzcan al seguimiento que puedan ser contratados (respectivamente), el individuo contemporáneo sigue a las personalidades que pueden servir como *ejemplo* de vida. El asesor no acompaña o se solidariza con su contratante, éste último antes y después de una consulta queda con la sensación de estar abandonado a sus propios recursos. Y quien sirve de ejemplo no establece ningún vínculo o compromiso serio con sus seguidores, tampoco establece compromisos éticos, políticos o sociales, simplemente se reduce a mostrar una serie de decisiones individuales que él o ella ha tomado para determinadas situaciones y cómo éstas decisiones le han resultado favorables, no aspira a que su conducta se convierta en una norma o pauta universal.

En todo caso, ya sea bajo la figura del asesor o del ejemplo de vida, lo que prima en última instancia es la capacidad que tiene el individuo de escoger entre los tantos medios disponibles cuáles han de ser sus fines más inmediatos. Dispongo de tantos medios, entonces puedo trazarme fines que estén razonablemente deducidos de los medios disponibles; ahora una celebridad política o artística sirve como ejemplo de qué puedo hacer yo con lo que tengo a disposición, y lo tomo como ejemplo de vida porque reconozco su individualidad y la mía, y no existe mayor vínculo entre él y yo que éxito personal al que aspiramos. Por eso, la literatura de autoayuda que es la mayor vendida en la contemporaneidad no establece ningún compromiso social, sino que induce a que cada individuo se ocupe de sí mismo y para sí mismo, la autoridad con la que cuentan los escritores para mostrar qué hacer con los medios disponibles es redundante porque se basa en la cantidad de consumidores que deciden comprar un libro que está destinado a decir lo que los individuos quieren oír, que pueden hacer las cosas por sí mismos:

“El asesor más exitoso es el que es consciente del hecho de que sus potenciales aconsejados desean recibir una enseñanza objetiva. Siempre que el problema, por naturaleza, sea susceptible de ser resuelto por individuos, y por medio de esfuerzos individuales, la persona que busca consejo necesita (o cree necesitar) un *ejemplo* de lo que han hecho otros hombres y mujeres enfrentados a un problema similar. Y necesita del ejemplo de otros por razones aún más esenciales: hay

mucha más gente que se siente ‘desdichada’ que gente capaz de identificar y nombrar las causas de la desdicha” (Bauman, 2003: 72).

Y los ejemplos de las personas que se enfrentan a determinados problemas y salen de ellos no sólo abundan en la literatura de autoayuda, lo hacen a un nivel más general gracias a la televisión y los *chatshows*. Estos programas los entrevistados exponen sus conflictos y problemas privados en público sin que ello signifique precisamente que dichos conflictos se tornen en un tema público de discusión, los “(...) problemas privados -y, por lo tanto, también los míos, semejantes a los de ellos- *pueden discutirse en público*. Y no porque se conviertan en *temas públicos*: en realidad se discuten precisamente en calidad de *temas privados*” (Bauman, 2003:75). Así, la individualidad, sus conflictos, problemas, fines y medios personales de enfrentarse ante las dificultades se ha convertido en una tendencia que ha invadido el espacio público.

Mientras que para los autores de las distopías modernas la preocupación se centraba en qué iba a ser de la individualidad en un mundo cada vez más controlado y organizado, en la fase líquida de la Modernidad asistimos, por el contrario, a una sobrevaloración de la individualidad, a permitir que los problemas individuales se ventilen en público, que los problemas personales adquieran una importancia más grande que los temas públicos que en última instancia deberían versar sobre cómo alcanzar la “sociedad justa” o “buena sociedad”. Quienes sirven de ejemplo como individuos que han superado sus problemas mediante determinadas conductas personales se convierten en una autoridad en cómo ha de manejarse la vida, y el problema es que en la fase líquida de la Modernidad abundan o coexisten las autoridades, por lo cual, ejemplos de cómo afrontar los problemas individuales hay en grandes cantidades.

Bauman considera que esta sobrevaloración de la individualidad, la desaparición de la figura del líder, la invasión del espacio privado en el espacio público tiene como consecuencia “la desaparición de ‘la política tal como la conocemos’-la Política con mayúsculas, la actividad encargada de traducir los problemas privados en temas públicos (y viceversa)-” (Bauman, 2003: 76). Y esta actividad política es reemplazada por las políticas de vida, esto es, la consideración que la felicidad es una competencia personal, que hay que estar aptos y lo mejor preparados para alcanzar nuestra felicidad individual, por lo cual, las destrezas y competencias personales han de adquirirse, así los individuos tienden a consumir objetos y recetas de vida en vista de alcanzar algún tipo de felicidad por pasajera que sea.

En la fase líquida de la Modernidad el individuo no tiene más horizonte que sus propias preocupaciones, que los fines inmediatos que pueda alcanzar y comprar recetas de vida para potenciar las posibilidades de una vida placentera e individual, los temas públicos se pierden en una maraña de problemas privados o individuales. La compulsión por comprar recetas de vida, de cómo adquirir un cuerpo atlético, o costumbres más sanas en la alimentación toman el lugar de los temas públicos. La sobreproducción de bienes, servicios y mercancías en la fase líquida de la Modernidad implica una transformación de las prioridades del individuo, éste tiende a satisfacerse a sí mismo, preocuparse de sí mismo y mediante las mercancías que compra intenta

alcanzar la satisfacción. Sólo que las mercancías vienen con fecha de vencimiento, son constantemente reemplazadas por otras mejores y más novedosas creando así un sentimiento de angustia e incompletud en el individuo.

Si bien en la fase sólida de la Modernidad se temía que el individuo quedara aplastado por las formas de organización social y política, porque de algún modo estaba obligado a centrar sus preocupaciones en el bienestar general, en la fase líquida de la Modernidad nos encontramos en una sobrevaloración del individuo, en la idea de que sus preocupaciones y problemas son privados y que es deber de él mismo salir de ellos, también nos encontramos con un individuo que está en una constante angustia ya que los fines perseguidos son de tan corto plazo que inéditamente son reemplazados por otros creando una sensación de vértigo, inestabilidad y falta de firmeza en lo que respecta a su personalidad, sus logros y fines.

Para Bauman también es decisivo el acercamiento al concepto de trabajo en la fase líquida de la Modernidad en la comprensión que la idea de progreso social pierde su atractivo significado otorgado en la Modernidad sólida. La idea de progreso significaba la confianza que tenía la sociedad para poder intervenir en las condiciones del presente para el mejoramiento de la calidad de vida mediante un trabajo arduo y continuo, pero para Bauman este proyecto ahora pierde su atractivo en la medida que hay una redefinición del trabajo y su papel en el desarrollo de la sociedad. No se quiere decir que no persista aún la confianza en el progreso, en el control del presente para mejorar la vida futura, sólo que ahora no se le otorga el significado y la fuerza que impulsaba anteriormente a la sociedad a coordinar los esfuerzos individuales en pro del bien común.

Así en la Modernidad líquida podemos ver que el trabajo no se concibe como la conjunción y organización de todos los individuos impulsados por la idea del progreso a la medida que va haciendo la historia, sino que su papel se reduce a ser un medio para alcanzar la satisfacción personal o individual. Debemos recordar que mientras que la sociedad de la Modernidad líquida se consideraba como una sociedad productora, la sociedad en la fase líquida de la Modernidad es esencialmente una sociedad consumista; el trabajo anteriormente desempeñaba un rol social, impulsaba a la sociedad, era el medio de crear la historia y alcanzar el progreso, el trabajo en la Modernidad líquida se somete a las reglas del mercado, es un medio de satisfacción individual, inestable, no consiste un medio de socialización y subvalorado.

Toda esta problemática empieza con la transformación del capitalismo pesado al capitalismo liviano, en el primero se produce el capital en la medida que se establecen fábricas en territorios determinados, desde allí se organizaba al personal para optimizar la producción que posteriormente se traducía en capital; en el segundo, por el contrario, la producción del capital puede prescindir de cualquier territorio fijo y estable, de grandes instalaciones y maquinarias, de trabajadores a tiempo completo durante años, se hace el capital invirtiendo por teléfono o por internet, cuando se vacaciona o se viaja por avión o cualquier medio de transporte. Si no hay la necesidad de hacer el capital o los productos que proporcionan el capital desde las grandes

fábricas por el hecho que sólo se necesita un medio de comunicación moderno para poder manifestar al corredor la inversión que ha de hacerse, entonces podemos pensar que se establece una desvinculación creciente del trabajador y la fábrica.

No se puede decir que tal desvinculación sea absoluta ya que podemos ver que aún se producen muchas cosas que necesitan de mano de obra calificada y técnica, pero si tenemos en cuenta que la robotización de la producción, la mano de obra supremamente especializada o la fragilidad de los contratos elaborados, una gran parte de la población queda sin un trabajo estable. Antes la construcción de los medios necesarios para lograr el progreso social necesitaba de los recursos humanos en su totalidad, el Estado necesitaba trabajadores para garantizar la dirección hacia el ideal del Bienestar común, de allí que una de las ideas de la Modernidad sólida haya sido la construcción del Estado de Bienestar como la gran institución que garantizaría la salud y el bienestar de los miembros de la sociedad y cuidarlos como una gran reserva de mano de obra, ahora el trabajador no encuentra estabilidad en el mundo labora debido a la flexibilidad con la que las grandes compañías contratan a la gente.

Por otro lado, debemos tener en cuenta que hay una transformación en el concepto del individuo y las preocupaciones que éste tiene; Bauman ha planteado con anterioridad que el individuo de la fase sólida de la Modernidad se preocupaba por el destino de la individualidad y la emancipación, temía que los niveles cada vez mayores de organización terminaran por ahogar la individualidad dentro de sistemas de vigilancia y control, pero en la Modernidad líquida vemos que el control sobre la individualidad no se presenta como se pensaba, sino que el individuo es liberado de toda determinación y compromiso social y es puesto en medio del mundo del mercado, de los objetos, bienes y servicios que constituye el consumismo, ésta es la tendencia compulsiva a satisfacer sus necesidades o deseos mediante los objetos que el mercado ofrece.

El mercado insiste en que el individuo sólo debe ser responsable de sí mismo, consumir las cosas que le hacen falta pero que nunca lo satisfacen, en la medida de lo posible trabajar para comprar lo que anuncian los distintos medios de comunicación; el individuo siempre estará insatisfecho con sus compras en visto que una vez adquiridas pronto serán reemplazadas por otras o tal vez dejarán de funcionar en poco tiempo. La insatisfacción e incertidumbre de no encontrar algo que de verdad le calme las ansias y la compulsión de comprar se acrecienta con las formas en las que el capitalismo liviano impone al mundo laboral.

En la Modernidad sólida el trabajador estaba atado a su puesto de trabajo, mantenía un mismo trabajo de por vida y éste le brindaba cierta sensación de certidumbre, hoy en cambio el trabajo es inestable debido a las formas en las que se asume dentro del capitalismo liviano. De este modo, tenemos que el capitalismo liviano no está interesado en la formulación de contratos para los trabajadores a largo plazo, los contratos tienen una fecha de caducidad en meses, ningún trabajador tiene garantizado un empleo permanente, un empleo de años sino hace más de los méritos necesarios para mantener su contrato unas cuantas renovaciones.

Para Bauman el capital opera cada vez más de manera liviana sin contratos, proyectos a largo plazo e incremento de empleo o con un compromiso con el desarrollo real de la región. Por esta misma razón el trabajador en cuanto tal, el trabajador que podía mantenerse casi de por vida en una empresa desaparece ante los contratos laborales de tres, seis meses o un año; también ante la figura del trabajador que puede tener ingresos desde la comodidad de su hogar (venta por catálogo, servicios de telefonía, ventas por páginas web, etc.) las relaciones sociales entre trabajadores dentro de un mismo recinto y la relación del trabajador con la fábrica, desaparece paulatinamente. Con la modernidad líquida se transforma fundamentalmente el concepto del trabajo, si bien, el trabajo ha sido una actividad colectiva en la planificación y ejecución de proyectos sociales, en la fase líquida de la modernidad el trabajo simplemente es un medio de adquisición personal de objetos de consumo.

En la Modernidad líquida el trabajo libre, denota la necesidad de un menor vínculo intersubjetivo y tiende cada vez más a convertirse en una mercancía, es decir, mediante el trabajo no sólo se produce mercancía, sino que se convierte en una mercancía, los individuos se preparan, estudian o hacen cursos para poder vender su fuerza laboral al mundo del mercado. De este modo, el trabajo se ha reducido en lo que corresponde a la fuerza social “transformadora” a convertirse en empleo como medio de satisfacción de los deseos temporales, de ahí que el trabajo en cuanto fuerza impulsora de la sociedad es reemplazado por empleos transitorios, breves e inestables que son mediados por empresas subcontratadas como parte de los procesos empresariales modernos.

No se quiere decir que en la fase líquida de la Modernidad no se produzca, no haya fábricas o empleos dentro de ellas, sino que los empleos transitorios y la automatización de la producción imposibilitan sedimentar relaciones sociales duraderas y fuertes, tampoco posibilita la formación del sentido de pertenencia del trabajador respecto a la fábrica o lugar de trabajo. Por otro lado, Bauman considera que gran parte del trabajo que se hace necesario en las empresas contemporáneas descansa en la economía de las mismas, por lo cual, gira en torno a la producción de *ideas innovadoras* ya que son ellas las que generan capital y no el trabajo manual, es decir, el trabajo que se ejecuta directamente por los trabajadores.

Ello hace que el capital cada vez se a más liviano, sin tantos trabajadores tradicionales ni contratos a largo plazo la flexibilidad es más viable, tiene mayores posibilidades de circulación. En esta estructura, los empleados son las piezas movibles, desechables e intercambiables que en las nuevas empresas se ocupan de tramitar información y no de la ejecución y elaboración manual. La información se convierte en algo esencial para el nuevo concepto de trabajo ya que en la empresa se necesita “estar al día” con los distintos productos, tendencias sociales, adelantarse a las necesidades humanas o crearlas para poder ser comercializadas. Sin embargo, la forma de acceder a la información que originalmente tenía como objetivo ser clasificada y ordenada para producir socialmente, ahora se distribuye como forma de entretenimiento individual mediante las redes sociales en las que se comparte para que los interesados puedan informarse, de las últimas innovaciones en la tecnología y entretenimiento.

“El espacio del empleo se parece cada vez más a un predio para acampar que uno visita durante unos días y del que puede irse en cualquier momento si las comodidades que prometían no eran tales, que un domicilio compartido en el que uno se siente obligado a tomarse el trabajo necesario para elaborar pacientemente reglas de convivencia aceptables” (Bauman, 2000:158).

La ética del trabajo implicó una vida dura, ardua y engorrosa; se le exigía al trabajador el entregarse de por vida a una causa más allá del él mismo, a la causa del progreso y bienestar social que supuestamente se alcanzaría solo mediante el trabajo, se debía soportar la fatiga, el cansancio y el dolor, la ética del trabajo era más bien el comprometerse con una vida de privaciones más que de beneficios personales. Esta situación era la del trabajador de la fase Modernidad sólida, de una sociedad enfocada en la producción de bienes con la firme esperanza que éstos augurarían mejoras en la calidad de vida de la misma, qué importaba entonces la explotación del trabajador por parte de sus empleadores si a los trabajadores prácticamente se los producía para producir mediante la educación, la familia y diversas instituciones encargadas de vigilar, controlar y organizara los individuos que habrían de someterse al régimen del capataz, la máquina y el horario rutinario.

Bauman menciona que si bien la sociedad en la fase sólida de la Modernidad era una sociedad productora ello no quiere decir que no se consumía, de hecho, el consumo y la destrucción de todo aquello que se consume es parte de un proceso casi natural. De igual modo, se producía antes de existir una sociedad productora y claro está, se produce y se consume constantemente, pero hay que mencionar que para Bauman lo que esencialmente define o diferencia a una sociedad de productores a una sociedad de consumidores no tiene que ver con una transformación radical de la producción o del consumo sino con la tendencia general de la sociedad misma.

“Pero el paso que va de una sociedad a otra no es tajante; no todos los integrantes de la comunidad tuvieron que abandonar un papel para asumir otro. Ninguna de las dos sociedades mencionadas pudo haberse sostenido sin que algunos de sus miembros, al menos, tuvieran a su cargo la producción de cosas para ser consumidas; todos ellos, por supuesto, también consumen. La diferencia reside en el énfasis que se ponga en cada sociedad; ese cambio de énfasis marca una enorme diferencia casi en todos los aspectos de esa sociedad, en su cultura y en el destino individual de cada uno de sus miembros” (Bauman, 2000:44).

La producción y el consumo subsisten en las sociedades, el consumo no es posible sin la producción y ésta no es posible sin una demanda fuerte de objetos que deben producirse para consumir, por lo tanto, para Bauman la definición de un tipo de sociedad productora o consumidora tiene que ver con el enfoque en la formación que reciben los miembros, “la forma que esta sociedad moldea a sus integrantes está regida, ante todo y en primer lugar, por la necesidad de desempeñar ese papel, la norma que les impone, la de tener la capacidad y la voluntad de consumir” (Bauman, 2000:44).

Ahora bien, si la ética del trabajo consistía en principios que ayudaban a la formación de los trabajadores, es decir, a que éstos se concibieran a sí mismos como tales y que a la vez tuviesen la voluntad de serlo, ésta se regía por normas y reglas que, se pensaba, se realizaban de acuerdo a los principios racionales que se implementaban en toda la sociedad y las instituciones. En la Modernidad líquida, por el contrario, la formación de los individuos consumistas tiene otro enfoque más allá de los principios racionales, para Bauman se trata de cierta formación estética porque se enfoca en los sentidos, en las sensaciones y el deseo de los potenciales consumidores, y antes que imponer un sistema de principios, valores y fines que han perseguirse, se juega mediante la provocación de los individuos.

Se dice que se juega mediante la provocación porque la estética del consumo debe garantizar al menos que el individuo mantenga la compulsión a comprar, para ello, debe ante todo levantar cualquier tipo de certeza, seguridad o estabilidad que el individuo pueda tener empezando, por ello, con la relación entre el trabajo y la identidad social de la persona. Para Bauman, la sociedad consumista se concibe y promulga que no hay ni puede erigirse nada sólido en ella, en sus palabras: “nada perdurable puede levantarse sobre esta arena movediza. En pocas palabras: la perspectiva de construir sobre la base del trabajo una identidad para toda la vida ya quedó enterrada definitivamente para la inmensa mayoría de la gente (salvo, al menos por ahora, para los profesionales de áreas muy especializadas y privilegiadas)” (Bauman, 2000:50).

Así, sin nada fuerte o sólido a qué aferrarse, el individuo pone su atención a la cantidad de objetos y productos con los que el mercado lo seduce, lo hace desear y adquirir. De este modo, también el trabajo es visto en este sentido como una herramienta para la adquisición de productos del mercado transformando su concepto, en otras palabras, la estética de consumo es el modo en cómo se forma a los individuos en la Modernidad líquida, ésta se encarga de transformar la visión acerca del trabajo que los individuos tenían en la sociedad productora, de desplazar el papel y función del trabajo como esfuerzo conjunto y del género humano para el progreso social y desarrollar las condiciones aptas para el bien común y es asumido por el individuo como una actividad personal muchas veces pesada y difícil pero que cumple con el papel de poder adquirir los distintos productos que el mercado lanza.

En la sociedad de la Modernidad líquida, entonces, el trabajo ya no se aprecia en lo que respecta a su función en el desarrollo social y el progreso de la sociedad, las instituciones sociales ya no pueden coaccionar, organizar ni dirigir a los trabajadores con una finalidad específica, por el contrario, el trabajo se privatiza en la medida en que se intensifica la individualidad en la Modernidad líquida, y se privatiza en la medida en que el individuo se apropia de él como una actividad personal que sirve precisamente para satisfacer los deseos que despiertan en él los productos del mercado. Así, el Estado o las instituciones sociales no pueden coordinar ni organizar el trabajo en la sociedad líquida puesto que en tanto que está privatizado, el trabajo y los trabajadores mismos se dispensan y se ocupan o responsabilizan de sus vidas individuales.

4. Recapitulación del concepto de trabajo.

Bauman se ha interesado especialmente por el concepto del trabajo en la Modernidad y no es para menos, es una actividad que en cuanto especie nos concierne ya que hace parte de nuestras actividades vitales, también hay que recordar que el trabajo en la Modernidad se transforma radicalmente y esto conlleva a la transformación de nuestros modos de vida. De esta manera, nuestra forma de organizarnos y coordinarnos socialmente, así como la relación de los hombres con la naturaleza y las instituciones sociales se ven obligadas a reformarse de acuerdo a nuevos principios que justifiquen las nuevas formas de socialización, formación y producción que trae aparejado el trabajo en la Modernidad.

Bauman ha recalcado que el trabajo en la Modernidad es fundamentalmente diferente al trabajo en la Edad Media o premodernidad en la que la figura del artesano encarnaba las prácticas, rutinas y administración del tiempo por parte de este productor. La Modernidad precisamente enfocó todas sus fuerzas en la producción para poder generar una mejor calidad de vida para los individuos que componían la sociedad; ésta mejor calidad de vida se alcanzaría mediante la confianza en el progreso humano, en la posibilidad de realizar niveles cada vez más racionalizados de organización y producción hasta que, como señala Bauman éste ideal se tornó en una preocupación por parte de escritores que señalaban el peligro de la administración total de la vida. El trabajo en la Modernidad sólida entonces era considerado como una expresión esencial o natural del hombre, Bauman lo expresa en los siguientes términos:

“El ‘trabajo’ así entendido fue a la que estuvo abocado el conjunto de la humanidad mientras construía su historia, más por su naturaleza y destino que por su propia elección. Y el ‘trabajo’ así definido fue el esfuerzo colectivo en el que cada uno de los miembros de la comunidad debió tomar parte. Todo lo demás fue una consecuencia: considerar el trabajo como una ‘condición natural’ del ser humano y la inactividad como anormalidad; culpar de la pobreza, la miseria, la privación y la depravación existentes al alejamiento de esa condición natural; clasificar a hombres y mujeres con el supuesto valor del aporte de su trabajo a la labor de toda la especie y atribuir al trabajo una función primordial entre las actividades humanas, la de conducir a la autosuperación moral y a la elevación de todos los niveles éticos de la sociedad” (Bauman, 2003: 146).

Por otro lado, hemos de recordar que tener trabajo o trabajar en la fase sólida de la Modernidad representaba para el individuo un sentimiento de estabilidad, pues contar con un trabajo aseguraba el poder adherirse a una determinada clase social, compartir con congéneres, establecer relaciones sociales y vínculos afectivos, gozar de posición social y tener una identidad y pertenencia a un grupo social a pesar, claro está, que el trabajo en la Modernidad sólida aparte de ser el gran motor del progreso, constituía una actividad ardua, dolorosa y casi de tiempo completo.

En tanto que el trabajo era el motor y medio que impulsaba y garantizaba la confianza en el progreso humano, los individuos se sometían a sus prácticas y principios para poder participar de la construcción de la historia, ya no sentían que la historia los arrastraba, sino que eran partícipes de ella al poder incidir sobre su presente y tomar las medidas necesarias para proyectarse hacia el futuro o re direccionar el presente. Así las cosas, si el Estado que se constituía como la máxima institución moderna tenía la fuerza y el poder necesario para cohesionar a los individuos y establecer los patrones de conducta que eran necesarios para una sociedad de productores, es decir, podía crear las dependencias educativas para la formación como trabajador del individuo Moderno a la vez que creaba las instituciones disciplinarias (cárceles, sanatorios mentales, hospitales, etc.) para poder castigar y corregir las conductas que se desviaran de las establecidas y necesitadas por la sociedad industrial.

El Estado movía todo un sistema educativo y correccional para que el individuo con base a la ética del trabajo se sumase al proyecto de la sociedad Moderna; en sí no había opción, se decía que una vida digna se alcanzaba mediante el trabajo, pero este era arduo, difícil y esclavizante, de lo contrario, se debía ser sometido a las instituciones correccionales que igualmente, no garantizaban el bienestar del individuo pero que intentaban reencaminarlo a hacer parte del proyecto común. Es de notar que en la Modernidad sólida al individuo se lo formaba o se lo castigaba de acuerdo al parámetro del trabajador moderno entregado por completo a la causa social, a la vigilancia del capataz, al ritmo impuesto por la máquina y a la rutina de las largas jornadas laborales, así en la sociedad Moderna -como dice Bauman- se “producía a los productores”.

De este modo el Estado jugaba un papel fundamental en lo que respecta fomentar la ética del trabajo mediante la educación del individuo y mediante las instituciones punitivas, también en tanto Estado de Bienestar estaba preocupado por mantener en buena forma la fuerza laboral, razón por la cual el Estado de Bienestar otorgaba subsidios a los trabajadores que se encontraron en algún momento sin trabajo. La idea era, por supuesto, contar con mano de obra de reserva lista para trabajar cuando fuese posible. Este despliegue de instituciones (panópticos) y las políticas de subsidio del Estado de bienestar no podían durar mucho debido a los altos costos que significaban el mantener funcionando éstas grandes edificaciones y cantidad de subsidios. La caída del Estado de bienestar que intentaba mantener saludables y aptos a los individuos para un potencial trabajo que se sumaría a la causa social del progreso, y la caída de las instituciones formativas abren paso a una nueva consideración sobre el trabajo, una transformación profunda de su concepto, de su quehacer y su finalidad.

La caída del Estado de Bienestar y de las grandes instituciones formativas y punitivas junto con los desarrollos tecnológicos y nuevos modelos empresariales del capitalismo global transforma el concepto del trabajo a la vez que hace lo propio con el concepto de individuo. La sociedad de la Modernidad líquida es esencialmente individualista, y el trabajo que antes llegaría a ser el motor de la historia que impulsaría al hombre hacia el progreso, llega a privatizarse en dos sentidos: 1. En que el Estado ya no es capaz de coordinar a todos los trabajadores para realizar un proyecto conjunto, así el trabajo con sus horarios, estipulaciones, contratos, beneficios, incentivos, etc.,

pasa se controlado especialmente por empresas privadas; 2. La privatización del trabajo también tiene una característica individual, es decir, el individuo mismo es el responsable de conseguir trabajo y de buscar las condiciones y competencia personales que le aseguren poder competir como oferta laboral.

En cuanto que el individuo ha alcanzado un estado de suprema liberación en la Modernidad líquida ya no encuentra instituciones a las cuales culpar o acudir en caso de desempleo ya que éste depende y es responsabilidad única y exclusivamente de él mismo. El cómo se trabaja en la Modernidad líquida, o bien en qué consiste o que fin tiene el trabajo en la Modernidad líquida encuentra un acercamiento oportuno si tenemos en cuenta los temas anteriormente mencionados, la privatización por parte del individuo y la empresa contemporánea, la caída del Estado de bienestar y las grandes instituciones panópticas, el capitalismo globalizado y nuevos modelos de producción transforman radicalmente el trabajo respecto a los fines e ideales que representaba en la Modernidad sólida.

Se había manifestado que, tanto en la época de la Modernidad sólida como en la época de la Modernidad líquida, la sociedad siempre ha consumido. Así, si en la sociedad de la Modernidad sólida se colocaba el énfasis en trabajar para producir, para ir avanzando en la línea del tiempo hacia el anhelado progreso, es decir, en la organización de una forma más racional, productiva y eficaz de la sociedad en su conjunto, la recompensa final era algo que llevaría demasiado tiempo, por ello, el progreso era una finalidad que se construiría a largo plazo, en este tipo de sociedad, pues, para poder producir también se consumía los recursos naturales o los objetos producidos. En este último caso, del consumo de los objetos producidos, en la Modernidad sólida tenía una cualidad especial: la duración, las cosas estaban hechas para perdurar y pasar de generación de generación, el trabajo era una actividad que intentaba producir objetos de consumo que duraran de por vida.

De acuerdo a lo anterior, si los objetos estaban hechos para durar de por vida, entonces cada objeto se consumía o se compraba para ello, el individuo podía comprar una navaja de afeitar para que lo funcionase hasta su vejez y fuese heredada a sus hijos, por lo cual, en el consumo la satisfacción de poseer algo era una satisfacción prolongada así el tiempo de espera para poder conseguir un objeto deseado fuese muchas veces muy larga. En la fase líquida de la Modernidad el consumismo denota la compulsión a comprar y consumir, de destruir y substituir inmediatamente los objetos adquiridos. Entonces, si queremos tener un acercamiento más adecuado al concepto de trabajo en la fase líquida de la Modernidad debemos ante todo traer a colación algunos de los planteamientos que Bauman ha realizado sobre el consumo ya que la diferencia esencial entre el trabajo en la Modernidad sólida y el trabajo en la Modernidad líquida se da en gran medida por la transición de *la ética del trabajo a la estética del consumo*.

El hombre, para Bauman, ha sido desde siempre un ser consumidor, desde luego nadie podría subsistir sin consumir. No obstante, en la segunda etapa de la modernidad la sociedad humana es mayormente consumista dado el sistema de ideas y valores que apuntan hacia la formación de un

individuo cuya voluntad se dirige a la adquisición de productos y, en fin, al agotamiento de para la satisfacción del deseo. En otras palabras, mientras que en la fase sólida de la Modernidad el individuo podía estar satisfecho con el producto adquirido en tanto que este representaba a su vez la capacidad de adquisición, la durabilidad y estabilidad, la perduración en el tiempo y cierta identidad (personal y social) del individuo respecto a los enseres de su hogar, en la sociedad de la Modernidad líquida los productos, por el contrario, producen contantemente la insatisfacción, la volatilidad de la identidad, la instantaneidad del tiempo (en tanto que la duración de éstos productos son las más de las veces desechables, ejemplo, la barbera tradicional a la que se había hecho alusión y la máquina de afeitar desechable).

No sólo se trata para Bauman de que hay una diferencia esencial entre la sociedad de productores y la sociedad contemporánea de consumidores, él señala que los hábitos, la educación y la disciplina, es decir, todo lo que conforma la ética del trabajo que en otra época estaba destinada a la rutina y al ahorro por parte del sujeto se disuelven en esta etapa líquida de la Modernidad, es así como se pierde la rigidez que caracterizaba a una sociedad de productores y se instaure la flexibilidad de la sociedad de consumidores. Esta flexibilidad se puede ver tanto en los valores que rigen a una sociedad que incluso el concepto mismo de educación cambia, por lo cual, no sólo las prácticas de producción y consumo se transforman sino también todo el ambiente cultural: educación, instituciones, sistemas de valores, sistemas judiciales, etc. El modo en cómo consumismos afecta directamente la forma en cómo producimos, pensamos y somos, piénsese por ejemplo en el individuo contemporáneo siempre insatisfecho, consumiendo identidades, objetos, prácticas, información, imágenes, pensamientos, estereotipos y demás objetos que presenta el mercado.

Es así como los individuos en una sociedad de consumidores viven en una constante fugacidad del tiempo, para ellos, es difícil entender que puede tener de beneficioso todo aquello que implique esfuerzo, dedicación y compromiso, el consumo debe garantizar la satisfacción del deseo de manera *inmediata*, es decir, sin que de por medio haya procesos o prolongaciones como ocurría en la Modernidad sólida en la cual se tenía consciencia que la satisfacción del género era un proyecto de largo plazo, en cambio en la Modernidad líquida la satisfacción inmediata únicamente recae sobre el individuo. Ejemplo de ello, es la oferta de productos en el mercado como los jugos o extractos de frutas que los compradores prefieren antes que a la fruta misma ya que desean consumirlas sin la necesidad de realizar todo el proceso de la producción que implica obtener una bebida de fruta, basta con girar la tapa y beber directamente del envase.

El ahorro del tiempo en la sociedad de consumidores se lleva a cabo, no por la importancia que se le da al mismo, por el contrario, el tiempo es visto desde la perspectiva de la sociedad de consumidores como un enemigo que impide la satisfacción del deseo de experimentar nuevas sensaciones, lo que importa siempre es el ahora y no la construcción de algún proyecto. Los consumidores, por tanto, no se construyen, se generan ya que no necesitan de elaborados proyectos de vida “En una sociedad de consumo bien aceiteada, los consumidores buscan activamente la seducción. Van de una atracción a otra, pasan de tentación en tentación, dejan un

anzuelo para picar en otro. Cada nueva atracción, tentación o carnada, es en cierto modo diferente- y quizás más fuerte- que la anterior.” (Bauman, 2000:47).

La Modernidad, como señala Bauman, consiste en esa capacidad de disolver y de renovar constantemente las costumbres, instituciones y valores, así las cosas, vemos la pérdida de las bases que caracterizaron y que construyeron a la sociedad de productores en la fase actual de la Modernidad en la disolución de sus pilares y el proyecto común y a largo plazo del progreso mediante el juego incesante entre consumo e insatisfacción en el que vive el individuo de hoy. Entre esas bases o sólidos perdidos está el trabajo y con él la identidad que otorgaba a los individuos mediante la rutina, la disciplina y los hábitos que se manifestaban en la capacidad de los individuos de instalarse en un centro de producción y de ahí construir un tipo de vida regulada por la ética del trabajo. En la época de los consumidores, el mercado acomoda una identidad flexible, esto es, que se moldea de acuerdo a la aparición u oferta de productos de consumo, es decir, el individuo, está dispuesto a experimentar la mayor cantidad de sensaciones y está abierto a muchas novedades que se le brindan.

A cada identidad o -como lo ha llamado Bauman- *política de vida*, el mercado ofrece diversos productos para producirla, sin embargo, a corto plazo este prototipo de vida es obsoleto y necesita ser renovado mediante más sensaciones a experimentar que le brindan los productos. Por lo tanto, no se esperaría que dentro de la Modernidad líquida, el individuo construya a base de conciencia, de reflexión, de decisiones consientes, y hábitos, en fin, todo lo que concierne a la esfera de la ética, un proyecto de identidad.

A lo anterior, cabe también destacar la diferencia que es posible establecer entre construir y producir una identidad. En primer lugar, la primera acción requiere de esfuerzos prolongados y procesos meditados, en tanto que la producción, se refiere al producto que resulta de las maquinas instaladas en centros de producción. La analogía es más que evidente, si observamos que, en la sociedad de productores, el trabajo deba las pautas necesarias para construir y constituir una identidad, dándole forma, por ejemplo, muchos sujetos que iniciaron su carrera en una fábrica continuaban en ella prolongada y definitivamente ya que las condiciones laborales lo permitían.

Por el contrario, la identidad en la sociedad de consumidores es frágil, ya sea por la necesidad de experimentar las sorpresas que le depara el futuro, o por la necesidad de renovarse, para producirse el individuo requiere de diversos objetos y productos que le dan la sensación de poder, placer y satisfacción. “las identidades compuestas, elaboradas sin demasiada precisión a partir de las muestras disponibles, poco duraderas y reemplazables que se venden en el mercado, parecen ser exactamente lo que hace falta para enfrentar los desafíos de la vida contemporánea” (Bauman, 2000: 51) de tal manera, que se prescinde de normatividad y regulación que hace parte de la disciplina ya que el deseo es lo que impera en el individuo. La importancia ahora, recae en la necesidad de consumir, en satisfacer la subjetividad que desea ser satisfecha.

Como se mencionó con anterioridad, la Modernidad líquida se caracteriza por la disolución de estructuras, costumbres, tipos de conducta, creencias e incluso fines que la sociedad misma perseguía para establecer el bien común o la sociedad justa. En la Modernidad sólida el fin supremo de la sociedad era una idea que gozaba de una amplia aceptación y gracias a ella se podía encaminar todas las fuerzas productivas hacia la realización de la sociedad buena o justa. Para ello esta sociedad debía organizar, planificar y controlar los recursos del presente para mejorar las condiciones de vida en el futuro. El trabajo desempeñaba un papel fundamental en esta idea, “el futuro era visto como un producto más de una sociedad de productores: algo que debía ser pensado meticulosamente, diseñado y cuyo proceso de producción debía ser seguido al detalle. El futuro era una creación del trabajo, y el trabajo toda fuente de creación” (Bauman, 2003:140).

La sociedad de la Modernidad sólida confiaba en sus capacidades para construir su futuro, esto es, en que tanto confiaban en sus condiciones presentes, organizadas, controladas que podían a la vez vislumbrar cuál sería su futuro, el camino para llegar a éste última era progresivo, escalonado o mostraba mejoras paulatinamente mejores respecto a preferentes pasados. Bauman llama la atención que en la Modernidad sólida subsistía la idea que el progreso poco a poco llevaría a un estado en el que todas las cosas que quedaban por hacer estarían hechas, pero en la Modernidad líquida la idea de progreso que implicaba la coordinación y organización a nivel social se ha individualizado o “*desregulado y privatizado*”. Al respecto menciona Bauman

“Está desregulado porque la oferta de opciones para ‘mejorar’ las realidades presentes es muy diversa y porque si el tema de una novedad en particular significa verdaderamente una mejora respecto de otra ha quedado librado, antes y después de su aparición, a la libre competencia entre ambas, competencia que perdura incluso después que ya hemos elegido una de ellas. Y el progreso está privatizado porque el mejoramiento ya no es una empresa colectiva sino individual: se espera que los hombres y mujeres individuales usen, por sí mismos e individualmente, su propio ingenio, recursos y laboriosidad para elevar su condición a otra más satisfactoria y dejar atrás todo aquello de su condición presente que les repugne” (Bauman, 2003:144).

En la Modernidad sólida se valoraba el trabajo estable porque, en efecto, proporcionaba un sentimiento de estabilidad en el individuo, proporcionaba cierta certeza de que en el futuro se encontraría como en los años anteriores perteneciendo a un lugar dentro de la producción social y por ende contribuyendo al mejoramiento de las condiciones sociales en la constante búsqueda del bien común. En la Modernidad líquida la idea del progreso al igual que la del trabajo ha perdido el referente socio-histórico que antes tenía, y con este contenido individualista en el concepto el trabajo adquiere una nueva perspectiva en la valoración, pues, el valor no reside ya en su función social sino como medio para mejorar las condiciones individuales.

Estas condiciones individuales que cada persona busca superar no son más que acceder a un mayor poder adquisitivo para poder comprar constantemente los nuevos productos que el mercado ofrece. Entonces el trabajo ya no se valora por una suprema función social sino por ser un medio que dispone cada quien para conseguir las satisfacciones que el comprar hace sentir momentáneamente, su valor desciende de los altos valores sociales e históricos a una actividad particular que no incide ya en la sociedad de forma significativa. La privatización del trabajo, por ello, implica la pérdida de la noción del trabajo como el motor social, como la fuerza que impulsa a la sociedad a su autoconstrucción, planeación, organización y como el medio propicio por el que los individuos pueden crear su propia historia.

Ahora bien, respecto a la desregulación de la idea de progreso vale la pena mencionar que, si bien la sociedad de la Modernidad sólida regulaba ésta idea mediante la confianza en el futuro, es decir, en el control del presente y planificación eficaz de los medios disponibles para alcanzar a largo plazo los fines supremos de la sociedad en futuro, su desregulación surge en la medida que el ritmo de vida -es decir, la urgencia en cómo hacemos las cosas, en la satisfacción inmediata por obtener lo que queremos o deseamos y el afán por satisfacer los requerimientos de una sociedad esencialmente inestable- se transforma por completo. Bauman habla de una nueva experiencia histórica en la que el individuo es quien tiene el control de su “propio presente” (Bauman, 2003:145) y sólo a él se le puede responsabilizar de su futuro, de la superación de sus condiciones de vida.

La viabilidad del progreso deja de ser una tarea universal, una tarea que le compete a la sociedad o al género humano y pasa a ser una responsabilidad única y exclusivamente individual. Esto viene a decir lo mismo que la privatización de la idea de progreso, pero hay que tener en cuenta que cuando cada hombre y cada mujer tiene una idea de progreso diferente a la del otro, y si a esta condición le sumamos el hecho que las instituciones sociales en la Modernidad líquida no tienen la fuerza para poder cohesionar y encaminar las distintas voluntades en un proyecto común, nos encontramos así con un panorama en el cual la idea de progreso se ha fragmentado hasta hacerse polvo. Como cada quien dispone de su presente no hay lugar en la sociedad para que ésta tenga un tiempo colectivo, un presente que lo compartan todos y desde el cual proyecten la sociedad deseada en el futuro.

Otro aspecto que potencia esta desregulación y privatización del progreso lo constituye la condición temporal de los trabajos en la actualidad. Ya se había mencionado a grandes rasgos que mientras que en la Modernidad sólida el trabajo al que se dedicaba un individuo tenía un carácter temporal de la larga duración, en otras palabras, el individuo tenía la certeza que hasta su vejez iba a trabajar en la empresa en la que estaba laborando, pero el modo de producción contemporáneo cada vez más ligado a la automatización y a evitarse responsabilidades legales en lo que respecta a los derechos del trabajador, exige que las empresas, corporaciones o multinacionales se deshaga de los contratos a largo plazo por contratos a corto plazo.

Esto indica algunas consideraciones que hay que hacerse para poder ver más claramente la relación que hay entre la subvaloración del trabajo y la desregulación de la idea de progreso. La modalidad de los contratos a corto plazo -al contrario de lo que ocurría en la Modernidad sólida- le otorgan al individuo una sensación de incertidumbre o bien de tratar de experimentar el ritmo de los tiempos, en otros términos, la necesidad de experimentar y hacer de su vida laboral una actividad que esté estrechamente relacionada con las condiciones actuales de la sociedad. El carácter inestable de las instituciones, de las empresas, el mercado y orden social restringe la duración de los trabajadores en sus cargos, no hay empresa o institución que esté interesada en mantener de por vida o hasta su jubilación a sus trabajadores, esto les ahorra costes en la producción y en los términos legales (por ejemplo, sindicatos que reclamen los derechos de salud, jubilación, mejores sueldos y mejores contratos).

El contrato a corto plazo en este sentido no permite una socialización fuerte entre los trabajadores para que éstos coordinen o concreten acciones políticas. Precisamente, en este tipo de contratos se puede apreciar con más claridad una nueva valoración del trabajo, e incluso una subvaloración si tenemos en cuenta que el valor del trabajo al nivel de la empresa o la corporación no es sino una molesta contratación de personal que pronto tendrá que irse, el trabajador y su trabajo es tratado al igual que uno de los tantos productos que desfilan por la cinta transportadora.

La inestabilidad laboral, aunque preocupante, llegará en un momento dado a considerarse parte inevitable de la experiencia histórica, de una condición de la sociedad líquida frente a la cual no se puede hacer nada más que gozar como se goza en los deportes extremos y de aventuras, con la disolución de la ética del trabajo, del discurso que proyectaba el trabajo como único y eficaz medio de la construcción de su propia historia, el trabajo deja de tener el fundamento que antes se le otorgaba y se abre el paso a la estética del trabajo, éste como goce, como un juego del individuo en el que apuesta para obtener una satisfacción inmediata o a corto plazo. Entiéndase esta “satisfacción inmediata” como la posibilidad que el trabajo le puede dar al individuo para comprar algún producto que desea tener o usar por un breve tiempo. Bauman manifiesta que:

“Del universo de la construcción del orden y del control del futuro, el trabajo se ha desplazado al ámbito del juego; el acto de trabajar se parece más a la estrategia de un jugador que se plantea modestos objetivos a corto plazo sin un alcance que vaya más allá de las próximas dos o tres jugadas. Lo que cuenta son los efectos inmediatos de cada jugada, y los efectos deben ser aptos también para su consumo inmediato” (Bauman, 2003:148).

Un juego, pues, en el que los compromisos del trabajador para con la fábrica y viceversa desaparecen, un juego en el que el compromiso social y solidario entre los individuos también desaparece, en juego que no está disponible para planificar el futuro de la sociedad sino para sobrevivir al día o para actualizarse en lo último que el mercado ofrece. Tampoco hay que olvidar que la inestabilidad laboral conlleva a los individuos a poner sus ánimos y esfuerzos en

las políticas de vida, es decir, en la preocupación de poder incrementar sus aptitudes personales, sus capacidades y cualidades para poder subsistir en un mundo cambiante. Las políticas de vida son las decisiones y patrones de conducta que el individuo toma para ser competitivo en este mundo y sólo tienen el compromiso de que su utilidad servirá única y exclusivamente para él; como cada individuo tiene sus políticas de vida éstas se consideran el medio adecuado para conseguir los fines propuestos a corto plazo, para progresar o mejorar sus condiciones particulares de vida.

Finalmente hay que recordar que como el mundo laboral es inconstante entonces el individuo tiene que recurrir a las políticas de vida para poder mantenerse al tanto de las nuevas tendencias en el trabajo, aspirar a buscar nuevos y variados empleos. Por ello, el individuo tiene que consumir también estas políticas de vida, tiene que buscar los medios por los cuales pueda aspirar a un cargo y éstos se encuentran disponibles en los libros y guías que están en los supermercados, en la internet, en los programas de televisión, en los conferencistas de emprendimiento, etc., el individuo consume estas políticas de vida para poder estar actualizado o vigente en el mercado laboral, sus conocimientos y destrezas pierden vigencia rápidamente, por lo cual, han de consumir más modelos de vida, seguir los ejemplos de las personalidades del espectáculo y empresarios exitosos.

Cada quien sigue un modelo de vida diferente, se preocupa por conseguir las aptitudes adecuadas a la oferta laboral, olvida rápidamente lo aprendido una vez cumple con el tiempo de su contrato para buscar nuevas oportunidades, el individuo tiene que hacer una constante búsqueda y actualización de sí mismo para poder estar al ritmo social contemporáneo. El trabajo es considerado y valorado única como un medio para el progreso personal y en este sentido es sumamente difícil coordinar las distintas ideas de progreso para poder perseguir un fin común, el trabajo ya no puede ser considerado como el motor de la historia, como la actividad natural del hombre mediante la cual éste crea su futuro.

A modo de conclusión.

La Modernidad, de acuerdo a Bauman, es un fenómeno social, político, económico y cultural que se presenta en dos fases; en la primera de ellas llega a disolver las antiguas estructuras sociales y su sistema de valores (se habla entonces de la cultura premoderna asociada a la Edad Media o Antiguo Régimen) para la conformación de un orden nuevo. Este nuevo orden tenía que construir una nueva forma de organización social y política basada en principios mucho más fuertes y perdurables en comparación con el sistema anterior. La Modernidad en su fase sólida debía, por ello, construir sus instituciones, relaciones sociales y su sistema de producción de acuerdo a los principios racionales para garantizar su buen funcionamiento, eficacia, control organización.

De este modo, la Modernidad sólida se fue construyendo con la esperanza de poder tener el control sobre todos los aspectos de la vida humana, es decir, de que los individuos se sumasen a los propósitos de la sociedad mediante la creación de una finalidad: *el progreso social*. A esta idea se sumaban todos los sectores de la sociedad, pues se pretendía alcanzar niveles mayores de progreso mediante el trabajo arduo. Así el individuo encontraba también un sentido a su vida en sociedad y por ende se llegaba a sentir participe o perteneciente a la sociedad. La individualidad, sus ansias de emancipación y su trabajo estaban regulados por la coordinación de las instituciones políticas y sociales que mostraban que el control, el deber, el orden y organización son necesarios para la consecución de los fines propuestos. Entonces en la Modernidad sólida no se presentaba contradicción entre la individualidad y la pertenencia a una clase social, entre la emancipación y el sistema de deberes y obligaciones que los individuos tenían o asimilaban a favor de la vida social y la construcción histórica del progreso.

Por el contrario, la Modernidad líquida de acuerdo a Bauman presenta un cuadro bastante diferente, nos encontramos en un panorama en el cual las instituciones sociales y políticas que debían ser en principio sólidas y sumamente duraderas, se han debilitado, especialmente por la economía, las nuevas formas de producción y el consumismo. Esto también está acompañado en transformaciones en el concepto de la individualidad y el trabajo los cuales pierden con fines y deberes sociales antes fundamentales en ellos y adquieren una dimensión privada. En otras palabras, en la Modernidad sólida los individuos eran conscientes de la necesidad de adquirir deberes, compromisos sociales y políticos para poder contribuir con el desarrollo y el bien común, y no encontraban una contradicción entre la libertad y la normatividad, por lo cual, tanto la individualidad como la emancipación y el trabajo tenían un contenido social, sin embargo, las transformaciones llevadas por la Modernidad líquida despojan de éste contenido a dichos conceptos y los remplazan con un contenido particular o privado.

Así las cosas, el trabajo se convierte en un medio personal para la constante satisfacción de los deseos o ansias de consumo pasajeros, sólo se trabaja para obtener lo que está a la moda, el último producto tecnológico del mercado o entrar a la actividad que está dando de que hablar. La

individualidad se sumerge en sí misma y al individuo no le apetece adquirir compromisos y deberes sociales, ni pertenencia a un grupo social de una forma definitiva, ni la identidad ni la permanencia en algo lo caracterizan. Es un individuo que se preocupa de satisfacer sus deseos de consumo de una forma personal y pasajera, esporádica. No se plantea fines a largo plazo, sino que la inmediatez es una necesidad fuerte para satisfacer los impulsos consumistas.

Por otro lado, para Bauman la transformación del concepto de trabajo viene acompañado de una serie de privatizaciones y desregulaciones que son características de la Modernidad líquida. Se ha pasado revista en este sentido a como a como los conceptos de individualidad, emancipación y trabajo se transforman en la medida que el individuo contemporáneo se los apropia desvinculándolos con las funciones sociales que antes los caracterizaban.

En específico se ha señalado como la individualidad va perdiendo el talante político adjudicado en la Modernidad sólida. Este talante o característica política se gestaba en la medida que el concepto de la individualidad se alzaba como críticas a viejo orden social de naturaleza estamental. Una vez desarraigó el individuo de este orden tendría que iniciar un nuevo proceso de socialización de re arraigarse o crear los nuevos fundamentos del orden social.

De allí que uno de los fundamentos del nuevo estado de derecho moderno sea precisamente el de proteger la individualidad. De esta forma los integrantes de la sociedad moderna tendrían que responsabilizarse de su vida, del lugar que habrían de alcanzar en la sociedad y en fin de encontrar a otros con los cuales pudiesen establecer lazos afectivos y sentirse identificados. En gran medida es la función de socialización vino a ser gestada por el trabajo que entre las tareas que tenía que cumplir estaba la formación de individuo moderno y la distribución de estos en las clases sociales.

Otra de las funciones esenciales del trabajo en la Modernidad sólida es la función histórica de la construcción de la sociedad mediante el progreso. Bauman pone énfasis en esta función por cuanto representa uno de los propósitos esenciales de la Modernidad; la sociedad moderna o trabajadora no gozaba de las medidas necesarias para poder construir una sociedad justa o una sociedad en la que reinase el bien común por sobre los intereses particulares, por ello mismo tenía que ir construyendo los medios necesarios para alcanzar los fines propósitos.

Sin embargo, este proyecto no era concebido como inmediato y la paulatina construcción de los medios lo convertía en proyecto a largo plazo. Lo que cabe resaltar es que el concepto del trabajo en la Modernidad sólida en tanto actividad fundamental para la construcción histórica de la sociedad, contaba con el gran apoyo de las instituciones que gozaban de la fortaleza y los medios adecuados para movilizar a toda la sociedad en un gran proyecto. De allí que la formación del individuo moderno se viene acompañado por un número excepcional de instituciones destinadas a esta formación.

Estas instituciones tenían que velar por los intereses supremos de la sociedad y adquirir el panóptico para poder ejercer una vigilancia, control y coordinación de los recursos humanos existentes. La familia, la escuela, el ejercicio, el sanatorio mental, los hospitales, etc. Eran las instituciones destinadas a fabricar a los productores, a formar los trabajadores. Estas instituciones llegaron a doblar el control sobre los individuos e imponer conductos y reglas en función de la ética del trabajo que amenazaba la individualidad misma.

Nació así un temor que algunos escritores describieron mediante novelas distópicas, novelas que auguraban un futuro de la humanidad en el cual las instituciones sociales y políticas iban a ejercer un control total sobre los individuos por medio de distintas estrategias: la publicidad, la adhesión a los fines políticos del Estado, altos niveles de vigilancia y tecnificación para el control de las masas, etc. En un escenario como estos se hace necesario recurrir al concepto de emancipación para poder tomar una postura crítica frente a las condiciones que hacen imposible vivir una vida digna, libre y autónoma.

Para Bauman los teóricos de la escuela de Frankfurt reivindicaron este concepto en el siglo XX como alternativa a las sociedades de masas y las formas de gobierno fascistas. Estos pensadores pensaron que solo reivindicando la autonomía se podía elaborar una estrategia de cambio frente al control de masas dentro del fascismo; La individualidad sería esa instancia privada y personal que las políticas fascistas no podrían conquistar, y menos aún, pisotear.

No obstante, Bauman considera que un tipo de teoría así, que reivindique la individualidad para emanciparse ideológicamente de los poderes totalitarios, debe revisarse a fondo en tanto que a los individuos que conforman la Modernidad líquida no están interesados en ningún proceso emancipatorio. La razón ello es que el individuo de la Modernidad líquida goza y tiene las garantías para ejercer su autonomía y libertad como le plazca. Claro está, en la Modernidad sólida el concepto de libertad y autonomía con el que se había erigido la sociedad moderna, en su momento de mayor auge en lo relacionado con su productividad, tales conceptos se veían amenazados por las presiones externas, políticas e institucionales, en cambio en la Modernidad líquida la desregulación del concepto de autonomía y libertad individual se convierte en un obstáculo que se opone a la consolidación de lazos fuertes y comunitarios entre los miembros de un mismo grupo social.

La libertad y la autonomía de las que goza el individuo moderno no permite que este pueda coordinar esfuerzos y acciones conjuntas, proyectos políticos o sociales; la sociedad en este sentido se concibe como un conjunto de individuos en el cual cada uno goza de sus libertades e intereses sin lograr establecer un programa, tarea o proyecto conjunto. Por esta misma razón el concepto de trabajo se ve transformado en la medida que interesa solo al individuo las posibilidades de comprar o consumir en la sociedad contemporánea.

El progreso en este sentido se ha privatizado y el trabajo llega a ser considerado un simple medio de poder adquirir menos y mejores cosas, de poder comprar mientras dure la oferta laboral. Para la sociedad. El trabajo como no tiene otra finalidad que ser un medio para conseguir los productos que ofrecen más satisfacción personal pasajera, no llega como en la Modernidad sólida a ser duradero, cuando una persona a mantener y mantenerse en su trabajo de por vida. El trabajo hoy es inestable, inseguro, incierto, no posibilita forzar lazos intersubjetivos, empáticos o solidarios, el estado se ha desvinculado de la regulación y coordinación de los individuos hacia una tarea en común.

En vista de la progresiva privatización del concepto de individualidad, emancipación y trabajo, la teoría crítica de la sociedad tiene que promover los mecanismos de recuperación del espacio público que vendría a ser como se lo considero en la Modernidad sólida, el espacio en el que los problemas individuales se toman problemas sociales. El espacio público brindaría la posibilidad de coordinar acciones políticas en las cuales el concepto de individualidad, emancipación y trabajo encontrarían un nuevo significado que supere su actual potencia en tanto conceptos meramente privatizados.

Como hemos visto, Bauman realiza un análisis profundo sobre la sociedad moderna, él ha decidido enfocarse en cinco conceptos que a su juicio son fundamentales en la constitución de la Modernidad en su fase sólida como también en la fase líquida. Este escrito se ha enfocado en el concepto de trabajo el cual cobra un especial interés si tenemos en cuenta que Bauman lo ha analizado antes de formular en concepto de Modernidad líquida en su obra *Trabajo consumismo y nuevos pobres*. En este sentido, por el tratamiento que el autor ha dado al concepto de trabajo es que se ha optado por establecer un acercamiento a la transformación del concepto de trabajo en la transición de la Modernidad sólida a líquida.

Ahora bien, no hay que desconocer que las formulaciones que hace Bauman respecto a la Modernidad sólida y Modernidad líquida tienen un trasfondo delimitado, este es, las transformaciones de distintos aspectos de la vida de la sociedad y cultura europea. Este trasfondo abarca algunos aspectos que Bauman considera premodernos, por ejemplo, la actividad y patrones de conducta del trabajador artesanal medieval que se desplazado por la figura del trabajador fabril moderno, éste último a la vez se pierde en las nuevas formas de trabajo que surgen en la sociedad consumista. Para Bauman, la sociedad de la Modernidad sólida era una sociedad enfocada en el trabajo y la producción, pero el consumismo característico de la sociedad europea y americana produce un efecto transformativo en los pilares de la sociedad moderna; claro está, de la sociedad y cultura del “primer mundo” o de los países desarrollados.

Desde este punto de vista parece ser legítima una pregunta acerca de porqué estudiar los análisis que ha realizado Bauman en torno a la Modernidad líquida, es decir, a los procesos dinámicos que se gestan en las sociedades de los países impulsores de una economía global, con una capacidad de súper producción de mercancías, bienes y servicios, con países cuyos ciudadanos tienen un gran poder adquisitivo y capacidad de disfrutar de los distintos entretenimientos que brinda el consumismo. En otras palabras, se puede objetar de qué sirve estudiar un autor europeo

que ha formulado sus conceptos en base a la cultura en la que se desenvuelve cuando las condiciones sociales, económicas, políticas y culturales de nuestro país no se asemejan en lo más mínimo.

La posible respuesta a esta interrogante debe ir más allá de la simple necesidad de interés académico o cultural, más allá de que una lectura y un escrito sobre un autor se quede en el “dar cuenta” de lo estudiado y no poderlo *articular* con las condiciones sociales de quien lo estudia. Así, es necesario estudiar a este autor porque es quien analiza de manera detallada las tendencias que se gestan gracias a la globalización de los mercados y que tienen efectos en los patrones de conducta de los individuos en dichas sociedades. Ahora, si tenemos en cuenta los avances en las telecomunicaciones, en las transmisiones de televisión, comerciales, películas, productos, formas de vida, etc., que se originan en las sociedades consumistas, no podemos negar la influencia que éstas imponen sobre sociedades y países menos desarrollados o en vía de desarrollo.

Qué Colombia sea una sociedad Moderna o posmoderna, que en nuestro suelo se desarrollen procesos y valores propios de la Modernidad sólida o de la Modernidad líquida es algo siempre discutible, no es ni lo uno ni lo otro. Por un lado, la Modernidad líquida implica que las dinámicas o el flujo del mercado de los modelos transnacionales de la economía empresarial debiliten el Estado que se consideraba en la Modernidad sólida como la institución más fuerte y poderosa, capaz de coaccionar a todos los individuos en una meta común, es algo que se da efectivamente en los países menos desarrollados en los que las empresas extranjeras ganan las licitaciones de explotación de recursos naturales sin una veeduría que atienda las contrataciones de los trabajadores locales, los daños ocasionados al medio ambiente y con enormes ganancias privadas en detrimento de pocos impuestos pagados gracias a vacíos jurídicos o legislativos, etc., entonces podemos decir que efectivamente en Colombia se vive un debilitamiento del Estado frente a los poderes económicos globales, en ese caso, compartimos algo que ha denunciado Bauman respecto a la Modernidad líquida (el debilitamiento del Estado).

Esta característica de la Modernidad líquida ¿hace que Colombia sea un país posmoderno? La respuesta es que Colombia no es una sociedad posmoderna, basta recordar que si un país está en vía de desarrollo está enfocado en la producción de mercancías bienes y servicios. ¿Por estar enfocado en la producción es Colombia un país Moderno o que está viviendo la Modernidad sólida? La respuesta más plausible es que esta situación tampoco hace de Colombia una sociedad moderna o sólida. Si tenemos en cuenta que no de los principios de la Modernidad sólida es la laicización del Estado, es decir, la separación de los poderes político y religioso, pero en Colombia, aunque tal separación esté en papel vemos que la Iglesia continúa desempeñando un papel importante en materia de política, por ejemplo, en su constante presencia en los ámbitos políticos de la nación, en la omisión de impuestos y servicio militar obligatorio de sus miembros.

De igual modo, la importación de los modos o modelos de vida hace que en la sociedad colombiana se tomen ciertas actitudes que son propias de la Modernidad líquida, pero no por ello podemos asegurar que en efecto seamos posmodernos. Esto hace pensar, por ejemplo, en las tendencias consumistas de los individuos que quieren adquirir el último lanzamiento tecnológico

en telefonía celular pero que no se le sabe explotar todo el potencial académico, laboral, social que un aparato de éstos puede ofrecer. Por otro lado, no se puede decir que vivamos en una Modernidad sólida en cuanto que oficialmente nos identifiquemos con la religión católica, en que aún persistan lazos de solidaridad, pertenencia e identidad con la nación si vemos con indiferencia las noticias sobre casos de violencia en el país.

Los conceptos de Modernidad sólida y Modernidad líquida en nuestro contexto tropiezan con que no son conceptos que describan dos fases en la historia socio-cultural que nos pertenezca, pero si podemos ver que hay ciertas tendencias que se comparten tanto de la Modernidad líquida y Modernidad sólida en un mismo tiempo. Bauman acuña estos conceptos para describir o comprender la *transición* socio-cultural europea o americana en un período que va de la Revolución Francesa (1789) hasta la actualidad, pero los elementos de uno y del otro *simultáneamente*, hacen parte de nuestra expresión, forma de organización, patrones culturales y conductas regulares. Esta es la principal diferencia que podemos encontrar respecto a Bauman, que para nosotros la Modernidad y la posmodernidad es algo simultaneo ya que en un país en vía de desarrollo se tiene que buscar cierta unidad de los intereses particulares para enfocarlos en la modernización de la infraestructura social, pero a la vez la influencia de las tendencias individualistas, privatizadoras y consumistas de la Modernidad líquida ingresan a hacer parte del modo de vida de los ciudadanos gracias a la globalización de los medios de comunicación y la apertura de las fronteras.

Precisamente, la privatización de los conceptos característicos de la Modernidad sólida es el signo más característico de la Modernidad líquida, y en efecto, en nuestro país estas tendencias en el trabajo no son ajenas. Bauman menciona que en la Modernidad sólida un trabajador esperaba a ocupar un puesto de por vida, pero debido a las nuevas tendencias productivas y también a la mentalidad de los individuos contemporáneos que buscan el constante cambio, la experimentación de novedades y transformaciones, el trabajo ha perdido ese carácter cohesionador y formador de los ciudadanos y ha pasado a convertirse en un simple medio para la satisfacción individual. En nuestro contexto vemos la simultaneidad de los valores y tendencias de las dos fases de la Modernidad respecto al trabajo, los contratos a corto plazo son una constante en las empresas, éstos minimizan la posibilidad de socialización y organización sindical de los trabajadores al interior de una empresa; otras empresas ofrecen a las amas de casa la venta de productos de belleza y aseo por catálogo bajo la idea que ellas serán dueñas de su propia empresa, dispondrán de su propio tiempo y en fin de sus posibilidades de surgir económicamente; lo que se esconde tras ello no es más que una desvinculación de la empresa para con los compromisos sociales y legales que la contratación implica.

Y un aspecto que también hay que tener en cuenta en esta modernidad ambivalente en la que nos desenvolvemos es que el trabajo privatizado al que se refiere Bauman no cobija condiciones sociales y laborales que se presentan en nuestro contexto, ejemplo de ello, el trabajo que deben asumir miles de colombianos por falta de empleo, el trabajo “informal”. Este no tiene como cometido la simple satisfacción de los impulsos consumistas, sino que en esencia son trabajos sin ningún vínculo con las empresas o el Estado, sencillamente se realiza para obtener los medios de subsistencia. El trabajo privatizado característico de la fase líquida de la Modernidad parece

chocar contra esta barrera del trabajo informal ya que éste representa más bien una necesidad en un país agobiado por la falta de empleo que un medio para la satisfacción de los impulsos consumistas.

Los conceptos de Bauman pueden estar limitados por las características de nuestro contexto, pero en tanto se realice el análisis de una sociedad o de un fenómeno global que incide directa o indirectamente sobre nuestros modelos de vida, de comportamientos y conductas, especialmente, sobre nuestras instituciones se presentan como un análisis que debe ser estudiado con crítica, es decir, estudiando que nos presenta, cuáles son sus límites y posibilidades de aplicación en nuestro contexto para establecer más adecuadamente su aporte, o los elementos que pueden ser pensados en relación a nuestro contexto. Ejemplo de ello, es el llamado que hace Bauman a invertir la teoría crítica para subsanar uno de los principales problemas que vive el mundo, la individualización y la invasión del espacio público por parte del espacio privado, es decir, retomar el espacio público para que se restablezcan relaciones dialógicas y políticas entre los individuos, esta perspectiva, por ejemplo, es indispensable hoy que Colombia atraviesa por procesos fundamentales en lo que respecta a la terminación del conflicto armado, las negociaciones con las FARC, la división política del país y la construcción mediante el trabajo (intelectual y material) de un nuevo orden social.

Referencias bibliográficas.

Bauman, Z. (2005). *Amor líquido: Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.

Bauman, Z. (2000). *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. (V. d. Boschioli, Ed.) Barcelona, España: Gedisa.

Bauman, Z. (2003). *Modernidad líquida*. (M. Rosenberg, Trad.) Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.

Bauman, Z. (2006). *Vida líquida*. Barcelona: Paidós Ibérica.

Berman, M. (1988). *Todo lo sólido se desvanece en el Aire*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI Editores.

Diccionario de Sociología. (1997). (Muñoz, T., Medina Echavarría, José. Trad.) México D.F. Fondo de Cultura Económica.